

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

ENSAYOS CREPUSCULARES



EDITOR Rolando Diez de Medina, 2007

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

ENSAYOS CREPUSCULARES

Escrito el año 1977

Primera edición electrónica 2007

*
*
*
*

Portada: Museo Arqueológico de Atenas
grupo Venus, Eros y Pan

EDITOR © Rolando Diez de Medina
La Paz - Bolivia

INDICE

[El Maravilloso Niño del Belén](#)
[Sobre una Idea de Schelling](#)
[Dialogo de la Dignidad del Hombre](#)
[El Camino Final y su Declive](#)
[Novalis: la Estrella Fugitiva](#)
[Los Sepultureros del ideal](#)
[Sobre la Envidia, pasión oscura](#)
[El Continente Mental Inexplorado](#)
[Camoens, la Proeza Lusitana](#)
[Una Escultura Helenística](#)
[Sandor Petöfi húngaro del mundo](#)
[La Patria del Espíritu](#)
[Una Conciencia Socrática en el Ande](#)
[Para Estadistas, Políticos y Líderes](#)
[Dios en el Niño, Dios en el Hombre](#)
[La Meta Suprema](#)
[Esa Luz que Acrecienta y luego Escapa](#)

"Hay una gracia de la escritura
que sólo puede surgir del fondo
de la Vida. Dí lo que tengas que
decir: del relato brotará tu yo
trascendental."

El Maestro del Ande

EL MARAVILLOSO NIÑO DEL BELEN

Criatura más bella y más noble no la hubo. Ni la habrá. Porque trajo el doble mensaje de lo divino y de lo humano en alta idealidad.

El niño es, en sí, el encanto del universo. Nadie le gana en portento, mayor misterio no existe. Su mirar ingenuo como la luz: asombra. Sus rasgos y sus gestos encierran el ansia virginal de la vida que despunta. Verlo crecer: no hay delicia mejor. Ni enigma más hondo y trascendente.

Pero el Niño de Belén, retenido en el Tiempo como la estrella enigmática que fulguró en su pesebre, es todos los niños de la tierra: los que fueron, los que son, los que serán.

La infancia de Jesús es una rosa de maravilla que se abre como la más pura lección de amor para las madres del mundo.

Hay tantas cosas inmensas, terribles, poderosas en este planeta conmovido por la ciencia y por la técnica... Mas con toda su grandeza y poder inventivo, el hombre actual no podría crear nada tan hermoso como el nacimiento del Niño-Dios, ese don inmortal que vuelve todos los años para restaurar y purificar los hogares en lucha contra el dolor y la desesperanza.

¡Dichoso quien conserva alma de niño en esta era de ateos, de astronautas, de omniscientes!

Porque está escrito: si olvida su corazón, si mancha su alma, desmedra su destino la frágil criatura humana.

Candor y sencillez infantiles: es lo que falta en esta civilización de astutos y calculadores. Y esa promesa auroral que despunta en la primera sonrisa del infante.

El mensaje de Jesús dice — definitivamente — que no hay vida más alta que aquella que se entrega y sacrifica por las demás.

Para una comprensión, metafísica, la vida de Jesús tiene sólo dos capítulos: el Niño, promesa eterna, y el Cristo, sempiterno salvador de almas.

Ha nacido el Mesías. Ha vuelto la esperanza a los hombres.

Y en transfiguración poética el Niño Maravilloso de Belén simboliza las virtudes del hogar cristiano: paz, amor y nobleza espiritual para todos los seres de la Tierra.

SOBRE UNA IDEA DE SCHELLING EL IDEALISTA TRASCENDENTAL

"La conciencia, transverberada por el rayo del conocimiento absoluto, puede llegar a la comprensión del cosmos, de una imagen del mundo divino."

Schelling

Federico Guillermo José von Schelling, filósofo y pensador alemán, no es muy conocido en el ámbito de las letras. Excepción hecha de los entendidos y de algunos profesores de filosofía, ni los críticos, ni los historiadores le conceden el rango que se atribuye a Fichte, Hegel o Schopenhauer. Se le tacha de disperso, laberíntico, contradictorio. Se le reprocha la fusión imposible – para ellos — de ciencia, naturaleza, imaginación y divinidad. Se aceptan ciertos

postulados de su idealismo trascendental, en tanto se rechazan muchos otros que se juzga irrazonables, delirantes, ribeteados de esoterismo, iluminaciones poéticas, aristas teosóficas.

Con todo, su pensar atrevido, cruzado de revelaciones fulgurantes, ha suscitado copiosa bibliografía crítica. Para los más, fué un teorizante desordenado en la historia de la filosofía y del idealismo germano. Para los menos, es un filósofo sorprendente y admirable, padre de una filosofía en devenir, cuyas ideas, no bien comprendidas, lo acreditan como uno de los pensadores más profundos de la sabiduría universal. Estoy con éstos últimos.

* * *

No se trata de ofrecer un esquema sintético de la filosofía schellingiana — mal o bien cualquier texto de historia de las ideas filosóficas lo consigna — sino de subrayar una sola de las originalísimas concepciones del forjador de la filosofía trascendental, de la filosofía de la naturaleza y del principio de identidad, que más tarde resumiría en la teoría a su juicio indestructible de lo finito-infinito-eterno. "El mundo real y el mundo ideal — afirma Schelling — se comportan en toda la línea como parábola y símbolo el uno del otro." Y más allá sostiene que la intuición intelectual o idea de lo Absoluto, es la llave maestra para llegar a los secretos más misteriosos del ser y del mundo. Sigámosle en su montaje o desmontaje del reloj cósmico como entiende él la máquina sideral.

* * *

En carta a Herwart von Hogenburg, expresó Schelling: "La máquina celeste no es más que una suerte de Ser Vivo Divino, algo así como un reloj que se mueve por una fuerza corporal magnética simple." Esta mezcla de realidad y teología no sería admitida por los científicos modernos que sólo se atienen a magnitudes matemáticas hechos físicos, transmutaciones químicas y verificaciones mensurables, pero a despecho de incrédulos y menospreciadores, veamos cómo plantea el pensador germano su audaz cosmovisión.

* * *

En su famoso diálogo BRUNO —famoso únicamente para los pocos que lo consultan sostiene Schelling que las figuras deslumbrantes de los astros, esferas luminosas que expresan del modo más perfecto la proximidad de lo finito a lo infinito, son como animales bienhechores, celestes, que se pueden comparar con los dioses inmortales.

Luego sintetiza su atrevida concepción del mundo sidéreo: "El universo y cada cosa en él es la representación de lo infinito en lo finito. La perfección de los cuerpos celestes hace que podamos llamarlos animales sensibles e inteligentes, ya que su tiempo, el concepto de infinito, le es dado como alma rectora. Ellos son los autores de su desplazamiento, su vida absoluta y divina exprime la Idea como tal. Los planetas recorren distancias iguales en tiempos iguales. Sus revoluciones ofrecen un símbolo del Todo universal. Respiran la paz divina del verdadero universo y el esplendor de los primeros motores. El maestrazgo del Tiempo es la gloria de los cuerpos celestes."

¿Hilozoísmo, lirismo cósmico, o anticipando a Teilhard de Chardin el montaje de un mixto ciencia-religión que lo integra y pretende explicarlo todo?

* * *

Para Schelling el Yo está dotado de un saber original, y ese saber original lo induce a precisar que ninguna esfera está separada de su unidad ni llegada a ella por su propia excelencia innata. El movimiento astral (o sideral) —define— describe un círculo que es la perfecta expresión de la razón, la unidad de lo indiferente y lo diferente, de lo universal y de lo particular. Y concluye: "El gran universo es el animal absoluto. La luz encarna la idea eterna de todas las cosas corporales, así como la noche primordial es la madre de todas las cosas. Hay pues un universo simbiótico y panarmonioso.

No se sabe si es una mente visionaria, de raíz poética y conciencia religiosa que escruta en la naturaleza física, o si se trata de un sabio razonador, analítico, que se extravía en deducciones a-lógicas, pero profundamente intuitivas que le permiten vislumbrar, a través de una cortina de relámpagos, los trazos de un poder desconocido, divino, que arquitectura y regula el mecanismo del mundo sideral.

* * *

Para el pensador alemán, el universo es una emanación, no una procesión, sino una explicitación de Dios. Él piensa que existe una iniciación a la contemplación bienaventurada. "Si pudiéramos ver — imaginar — en su total perfección el universo, él mostraría, al ojo ebrio de éxtasis, una faz constantemente, inmutablemente serena, siempre igual a si misma."

Seguirán mofándose sabios e investigadores por esta suerte de teofanía científica. La ciencia moderna que ha suplantado el concepto de Dios por la idea de Energía, no puede aceptar las tesis de los grandes soñadores, llámense Blake o Schelling. Para ellos la materia existe por si, se mueve por si, carece de causa y finalidad, simplemente: es.

¿Pero qué sabemos realmente de los astros y del átomo, apesar de los desvelos de la ciencia? El Sol que rige la vida de la Tierra, la Luna que aparenta muerta y muda ¿son únicamente cuerpos celestes colosales que ruedan porque si en el espacio, sin obedecer a poder ni designio que los mueva?

* * *

Habla finalmente el filósofo inasible de las filosofías sucesivas, de que, junto a la Noche sellada, insondable del Absoluto escondido y taciturno, existe su aparición en persona en el acto de su conocimiento autointuitivo, la forma diurna eternal, que abre las maravillas de esa Noche, el eterno Mediador. Y añade: "Ese Mediador es el ojo del mundo que mira y revela todo, la fuente de toda sabiduría y conocimiento. Dentro de esta luz vemos a la par la luz y las tinieblas."

* * *

La idea de Schelling traza un arco sobre los tiempos: parece unir el sabeísmo de los antiguos con la nueva visión joánica de los profetizadores modernos. La Tierra y sus habitantes podrán proseguir su larga y arriesgada marcha, o bien ser destruidos por su propio y demoníaco poder destructor, pero el Universo, allá arriba y en circular expansión, regulado por un poder divino, máquina absoluta, animal superior, indestructible, seguirá su marcha inalterable, reloj perfectísimo sin fin y sin, principio que se burla de las teorías cíclicas que los hombres inventan tratando de explicar su incomprensible estructura y su pasmoso funcionamiento.

* * *

El universo no se compone solamente de astros, galaxias y sistemas siderales. Esa pugna o equilibrio de cuerpos celestes y vacíos insondables no lo explica todo. Ni basta haber inventado la instrumentación del año-luz para pretender apoderarse de su grandeza inconcebible. Cien años después de Schelling, el inglés Sir James Jeans afirma que "es más aceptable concebir el universo como un gran pensamiento y no como un gran mecanismo"; planteamiento revolucionario que ha conmovido los supuestos materialistas de la ciencia contemporánea y que nos aproxima al idealismo trascendental del pensador germano. Y es que Schelling no niega la materia ni desconoce su importancia; sólo que le da un sentido, la hace brotar de una razón primordial, le concede movimiento y regulación propios, en cierto modo la espiritualiza hasta el grado aquel en que Idea y Mundo se trasfunden en sólita realidad, porque obedecen a un poder superior que los anima. Los creyentes decimos Dios, los negadores siguen estrellándose contra el muro de la Energía.

* * *

¿Aglomeración de mundos incandescentes, inmensidad sin límites del espacio, masas gaseosas, enjambres de estrellas que se fotografían apretadísimas y sin embargo se distancian unas de otras en forma desmesurada? Y las hipergalaxias, los torbellinos cósmicos, los miles de millones de soles que se agrupan y se separan en el espacio insondable ¿serán únicamente fenómenos naturales que la astrofísica y la astronomía clasifican como expresiones de una realidad material sospechada pero inabarcable a la comprensión humana?

Schelling confiere un origen divino al universo y a su movimiento actual. Anima lo inanimado — aunque se esté moviendo— descubre su vida misteriosa. Concede una facultad de inteligencia y poder sensible a los astros, por mucho que no alcancemos a demostrarlo. Cree que allá arriba, y en toda su circular grandeza, como aquí abajo y en nuestro ínfimo contorno térreo, idea y materia se conjugan y equivalen hasta alcanzar la perfecta unidad invisible del cosmos que lo mismo en el vertiginoso girar de las últimas partículas moleculares, o en el estupefaciente rodar

de los astros, obedece a un poder inteligente y previsor que ordena y regula la materia conforme a un plan ideal.

Considerar el universo como el Animal Absoluto, ¿no es suponer la Idea como la suprema realidad?

* * *

En uno de sus más felices hallazgos, afirma el pensador alemán: "La naturaleza es el espíritu visible; el espíritu, la naturaleza invisible."

La circunferencia simboliza el encuentro de lo aparentemente opuesto.

Así al definir el cielo, el firmamento, o el universo como un Ser Vivo cuyas razones primordiales y móviles de acción no podemos aprehender, Schelling ha tocado una frontera-límite del razonamiento humano más allá de la cual aguardan los agujeros negros del espacio mental que oscurecieron la inteligencia del Nietzsche delirante y ansioso buscador de verdades.

El idealista trascendental, en su vasta y aparentemente laberíntica filosofía de los contrarios, ha generado un sistema abierto, flexible, cambiante siempre y siempre innovador de interpretación del Ser y del Mundo. Es la suya, como la ven varios de sus modernos escoliastas, una filosofía por redescubrirse, una filosofía en desarrollo, una filosofía en devenir.

Ni el sólo pensar de origen divino, ni la única arquitectura panteísta. Schelling da un alma al mundo y hace del mundo un alma. Nada que suponga el retorno a las antiguas teogonías ni a las puerilidades astrológicas. Pero si el vuelo audaz del pensamiento que hace brotar del caos primordial la fuerte, pura y divina imagen de una inteligencia infinita que enciende rayos de luz y comprensión en el hombre finito y perecedero.

Hay algo, allá arriba y aquí abajo, que parece moverlo todo, aunque cada cuerpo celeste y cada ser terreno fingen moverse por sí mismos. De esta contradicción aparentemente insoluble brotan las filosofías. Y el enigma del mundo pone la duda en el hombre, porque la eterna búsqueda es la única vía para acercarnos a la eterna verdad.

* * *

Platón, Plotino, Kant, Hegel y Fichte fueron puntos de partida de su pensamiento. Pero F.G.J. von Schelling se remontó más alto y más lejos rasgando los velos del futuro con el ímpetu poderoso de un pensar y de un sentir desmesurados que buscó en la conciliación de los contrarios la suprema intuición del universo.

* * *

Si el hombre es un universo de moléculas, ideas y acciones; ¿no podría el universo ser un hombre compuesto de astros y galaxias? Den la respuesta los textos de Schelling y el apasionado meditar de sus lectores.

DIALOGO DE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE

EL ESCEPTICO Y EL ESCRITOR

EL ESCEPTICO: Si tuvieras que componer tu último ensayo: ¿cuál sería el tema?

EL ESCRITOR: De la dignidad del hombre.

EL ESCEPTICO: ¿Puede hablarse de dignidad del hombre cuando los valores del espíritu han sido poco menos que expulsados del planeta; estando abolidas ética y estética; degradada la persona por la bestialidad de los instintos desatados?

EL ESCRITOR: Siempre hay un resquicio para el honesto pensar y la recta conducta.

EL ESCÉPTICO: Si padecieras, como muchos, la violencia, las torturas, la prisión y el desgarramiento continuado de la conciencia que padece el civilizado, verías que de nada o de muy poco te sirven el bien pensar y la sana conducta.

EL ESCRITOR: Es probable que sometido a un trato lacerante la duda y el temor me acosarían; pero siempre me quedaría el recurso final de morir como hombre y no entregarme como bestia.

EL ESCEPTICO: ¿Y cómo debe perecer un hombre?

EL ESCRITOR: Consciente de su sacrificio o de su destino. Sin renegar de sus principios. Aceptando valerosamente su fin, si ese fin responde a un ideal o una norma de vida libremente abrazada. En suma: leal a sí mismo.

EL ESCEPTICO: El hombre herido de muerte, cuando se siente perecer, olvida a Dios, a la moral, a todo lo noble y lo bello que sustentó su existencia. Y más el que se siente morir angustiado y dolorido.

EL ESCRITOR: No todos, porque si así fuese no habrían existido santos, mártires, héroes. El Ángel de la Buena Muerte asiste a los menos, es verdad, pero esos menos rescatan a la humanidad de la cobardía o la debilidad de la mayoría.

EL ESCEPTICO: El número decide la condición humana. El destino del hombre no se refleja en el valor de los menos.

EL ESCRITOR: Por uno que se comporte dignamente al perecer, se justifica la nobleza humana.

EL ESCEPTICO: Siempre el individualismo del artista. ¿Qué importa que tú te salves si perecen los demás?

EL ESCRITOR: Filosofía dostoiéwskiana, no verdadera ciertamente. Cada cual, tratando de rescatar su pequeña existencia, por un rasgo de nobleza o de heroísmo, por mínimo que sea su esfuerzo, ayuda al general existir. Y a honrar la vida.

EL ESCEPTICO: La vida no es cruel ni benigna como se aprecia: fluye solamente, indiferente al pensar y al sentir de las gentes.

ESCRITOR: Pero el hombre puede embellecer, dignificar o degradar la vida, si la conciencia individual presiona en la conciencia cómica. Podemos transformar el mundo desde nuestra más íntima interioridad.

EL ESCEPTICO: El mundo cambia al hombre no el hombre al mundo.

EL ESCRITOR: Eso equivale a negar la inteligencia y la voluntad del ser pensante.

EL ESCÉPTICO: Existen, mas son manejadas desde afuera, configuradas por fenómenos que escapan a su dominio.

EL ESCRITOR: Otra vez la negación: ¿si no tuviese un libre albedrío para disponer sus acciones la persona humana descendería a la pura animalidad.

EL ESCÉPTICO: Está descendiendo constantemente a ella, sobre todo en los tiempos actuales. Es el reinado de la Bestia.

EL ESCRITOR: No lo creo así, porque cada amanecer es un nuevo nacimiento. La aurora, materna y lúcida, es siempre promesa e incitación.

EL ESCÉPTICO: La noche sagrada y misteriosa lo aniquila todo.

EL ESCRITOR: Pero también eleva el espíritu y entrega sus enigmas al buen buscador. Luego, con el regreso de la luz, Dios nos devuelve a La esperanza.

EL ESCÉPTICO: ¿De qué esperanza me hablas, en esta época de zozobras? Sólo advierto amargura y destrucción.

EL ESCRITOR: Mientras la vida aliente, el hombre sigue siendo el combatiente que no cede.

EL ESCÉPTICO: ¿Jamás alentaste la idea del suicidio liberador?

EL ESCRITOR: La idea me visitó pero la rechacé de plano porque la veneración a la vida implica la negación de la muerte voluntaria. Venimos a vivir y a servir, no a eliminarnos.

EL ESCEPTIGO: ¡Pero si la humanidad y la naturaleza son implacables: todos devoran a todos!

EL ESCRITOR: En tanto no seas aniquilado, resiste, persiste, ama, sé útil a los demás, abre tu propio camino. Si el peligro acecha, evitarlo o afrontarlo. La crueldad del contorno y de los otros no justifica tu propia deserción.

EL ESCEPTICO: No comprendo cómo puedes confiar en el mundo. Crear en el sentido del incremento de los artificios mecánicos, de los inventos técnicos y científicos, de cuanto agrega el ingenio humano al orden natural del mundo, puede ser. En cuanto se refiere a lo que los antiguos llamaron la búsqueda del propio perfeccionamiento, hoy sólo imperan retroceso y desesperanza. No hay horizonte.

EL ESCRITOR: El horizonte brota de cada cual. Aun acrecentado por la técnica, disminuido por la corrupción de los menos, el varón sigue siendo la única criatura capaz de luchar contra el Destino y aun de cambiarlo.

EL ESCEPTICO: ¡Ilusiones! Somos movidos por fuerzas ciegas que nos conducen contra nuestra voluntad.

EL ESCRITOR: Fatalismo absurdo. Si los hados existen y actúan sobre nosotros, al hombre queda reservado el final poder de decisión. Por lo general somos criaturas de nuestros actos. ¿Por qué aludes solamente a los aspectos negativos y sombríos de la existencia?

EL ESCEPTICO: Porque ellos regulan el acontecer humano. Dame un solo ejemplo que pruebe la existencia de Dios, el reinado del Bien, la suprema luz de eso que llaman Belleza.

EL ESCRITOR: Un niño, por ejemplo, todo pureza y encantamiento, basta para reconciliarnos con lo adverso.

EL ESCEPTICO: Ese niño, cuando se convierte en hombre, se transforma en un pomo de instintos desviados y bajas pasiones.

ESCRITOR: No siempre. Diré mas bien: algunas veces, porque la generalidad de las personas viven honestamente.

EL ESCEPTICO: ¿Y la corrupción general diseminada en los continentes, nada te dice? Esas urbes babilónicas, antros del vicio y la relajación humana ¿no las ves? Crímenes, violencia, sadismo, las drogas, el alcohol, el juego, la codicia, la envidia, la maldad ingénita de las gentes ¿no imperan en el mundo? Las sociedades supercivilizadas y decadentes, las juventudes extraviadas ¿no delatan un estado general de descomposición?

EL ESCRITOR: No es evidente. Son las minorías, sectores reducidos de la sociedad los que derivan hacia el Mal. Solo que se concede amplia difusión a los delitos de los corrompidos y se olvida el pacífico transcurrir de los buenos. Creo en "la leche de la bondad humana" de que habló el poeta, y pienso que de cada diez seres, nueve se conducen o se esfuerzan por conducirse bien. La virtud puede más que el vicio.

EL ESCEPTICO: El vicio es un cinturón de fuego que abraza al planeta; pocos escapan a su seducción. Tal vez en las aldeas, en rincones remotos, queden restos de moralidad. En las urbes y en las ciudades imperan malvados y depravados.

EL ESCRITOR: Completamente falso. Que algunos poderosos y otros desesperados caigan en la red de los vicios, no autoriza la descalificación del género humano. La simple estadística demostraría que aun contra la expansión planetaria de los malos instintos, existen religión, patria, familia, bondad, amor al bien y a la belleza y el sentimiento de solidaridad humana millones de veces comprobado.

EL ESCEPTICO: Cuando se produce un accidente, una catástrofe. Es porque tememos que nos pase lo mismo. En el fondo el animal humano — así debemos nombrarlo — es egoísta, vive de espaldas al dolor de los otros.

EL ESCRITOR: Te equivocas. La caridad cristiana y el amor al prójimo subsisten. Pregonada o no pregonada la generosidad del ser vivo hacia el ser vivo es mayor que el deseo de matar o de hacer daño.

EL ESCEPTICO: ¿Pero en que mundo vives tu? ¿No lees los diarios, no te informas de lo que sucede? Sólo catástrofes, guerras, muerte y destrucción.

EL ESCRITOR: Si Pitágoras viviera te diría que la ley del número define la razón del mundo vivo; y la verdad es que contra el total de vidas desdichadas o inmoladas, se yergue la muy mayor inmensidad de vidas dignas y logradas.

EL ESCEPTICO: Egoísta. Careces de sensibilidad social. No ves la miseria y el dolor que te rodean.

EL ESCRITOR: Los siento, me hieren, pero no es está en mis manos remediarlos. A veces pienso que cuando el Cristo dijo "mi Reino no es de este mundo", permitió que el otro, el Maligno fuera el señor oculto del planeta. Pero no, no es así: es sólo uno de los poderes oscuros que el hombre vence con su inteligencia y su virtud. Y está en minoría aunque la publicidad lo exalte consciente o inconscientemente.

EL ESPECTICO: Según tu, vivimos en el mejor de los mundos.

EL ESCRITOR: En el mejor de los mundos posible a pesar de sus defectos e imperfecciones que reconozco.

EL ESCEPTICO: Idealistas, utopistas, ciegos... Quienes como tu visten de rosa la negra cavidad del mundo.

EL ESCRITOR: Por dura que sea la realidad, por amargo que fluya el paso de los días, siempre nos queda la facultad de soñar e imaginar tiempos mejores. Y éste es uno de los más altos atributos del ser humano.

EL ESCEPTICO: Vivir, obrar, soñar, zarandeado, siempre, por fuerzas extrañas... ¿Todavía no has comprendido que si no eres esclavo del contorno hostil serás prisionero de tus sueños? Sometido, sometido constantemente, juguete del azar y del peligro que lo ronda sin cesar, el hombre es la criatura más frágil del universo.

EL ESCRITOR: La más frágil y la más fuerte. Dios le dió el don de pensar que transforma al esclavo en rey y dignifica el tránsito terrestre.

EL ESCEPTICO: No existen dioses ni religiones. Los inventó la mente del hombre para soslayar el temor a la muerte.

EL ESCRITOR: La religión es un sentimiento, no una elaboración del intelecto. Se cree o no se cree. Sería inútil discutir razones. La intuición trascendental de lo divino visita al creyente, se niega al no creyente.

EL ESCEPTICO: Muy cómodo: todo lo aceptas. Si es bueno, beneficio del Señor, si es malo, castigo del Señor. Así te descargas de tu propia responsabilidad y atribuyes a un poder escondido todo cuanto te sucede.

EL ESCRITOR: Sé que Dios, la naturaleza, el mundo y mi ser individual son esencias diferentes, pero se conjugan y relacionan misteriosamente sin que mente alguna pueda explicarlo.

EL ESCEPTICO: Con decir "misterio" eludes todo problema. ¿Es tu Dios, también, el que produce los terremotos y las catástrofes aéreas?

EL ESCRITOR: Nunca pude comprender qué fuerzas extrañas alargan o acortan las vidas. Ni por qué. Pero acepto que aun dentro de su extrema fragilidad y de los peligros permanentes que lo acechan, el hombre debe alzarse varonilmente contra el infortunio.

EL ESCEPTICO: Reconoce que el dolor físico, las penas y los sucesos adversos hicieron vacilar tu fe en Dios y el amor a la Vida.

EL ESCRITOR: Es posible. Momentáneamente todos estamos expuestos a las debilidades del ánimo, mas el Maestro Interior siempre me devolvió la confianza en el Señor y la reverencia por la Vida.

EL ESCÉPTICO: ¡Malhaya! Siempre creyente, siempre confiado, siempre reconocido a poderes que no muestran la cara.

EL ESCRITOR: Si no creyera en algo, en alguien, en las maravillas que perciben los sentidos, en los manantiales inexhaustibles que fluyen de la mente y del corazón, en la fuerza revivificadora de la voluntad, no merecería llamarme "hombre", criatura de Dios, antagonista del Destino.

EL ESCEPTICO: ¿Entonces reconoces que el tránsito humano está hecho para la lucha y atravesado por el dolor?

EL ESCRITOR: Reconozco que la dignidad del hombre se eleva por el pensamiento sobre las contradicciones de la materialidad reinante.

EL ESCEPTICO: Es algo sibilino; dilo más claro.

EL ESCRITOR: Pienso que al trasmontar un horizonte siempre hay otro horizonte que nos llama y nos aguarda. Partir a su encuentro es el destino de la existencia.

EL CAMINO FINAL Y SU DECLIVE

Sucede que al tiempo crepuscular, sea por el natural declive físico, sea por cansancio del espíritu batallador, los hombres se dejan llevar por la pesadumbre de los años.

Lo que antaño parecía principalísimo y encendía de entusiasmo, ahora se mira tranquilamente, en otra dimensión. Las líneas de fuerza que guiaban alma y materia se adelgazan. Se busca el apartamiento de la multitud. Menos ruidos, menos movimiento. Los reflejos musculares son lentos, el deseo de traslación se aminora. Simultáneamente la curiosidad declina, la inquietud mental se atenúa. Los quebrantos somáticos se dan la mano con una cierta desazón del ánimo.

No es esto lo más grave. Lo más grave es que el deterioro o el retroceso corporal se tiñe primero de melancolía, después de un lento y gradual pesimismo: ¿para qué tanta fatiga, para que vine, qué hice, dónde voy? Sí existe un Más Allá ¿habrá premio y castigo? Si no existe ¿será el eterno descanso, es decir la Nada lo que me aguarda?

Y si reflexiona en todo lo vivido, lo largamente sentido y lo profundamente pensado, el declinante piensa con nostalgia por qué se le concedieron facultades desmedidas para abarcar mundos múltiples con la acción y el pensamiento, cuando el breve tránsito humano, por intensa que haya sido su trayectoria, desemboca en vacío y olvido.

Filósofos y sabios coinciden en un vértice de angustia: ¿por qué tengo que dejar de ser? El miedo a la muerte es la defensa de la personalidad contra la extinción. El "yo" rechaza a la nada. Lo finito desafía a lo infinito. El ansia de inmortalidad entabla la postrera lucha contra la implacable voracidad de la naturaleza que nos crea para aniquilarnos.

Se advierte que el camino está próximo a terminar y entonces sobreviene la pesadumbre del pensar.

Es un proceso lógico, natural: al arranque impetuoso de la juventud, a la templada energía de la madurez, debe suceder la introspección temerosa del crepúsculo. Nadie quiere ser llamado "viejo", pero la vejez se apodera lentamente, inexorablemente de los organismos sanos o enfermos, lo mismo del intrépido que del tímido.

El curso vital cumple su órbita en cinco etapas: nacimiento, crecimiento, punto cenital, declinación, aniquilación. Sabio sería admitir que los cinco tramos funcionan con regularidad matemática: no pueden ser evitados ni desligarse unos de otros. Pueden modificarse en extensión del tiempo, no perimen en su afirmación espacial.

Lo mismo el antiguo que el moderno — excepción hecha de los santos y los graves pensadores — se rebela contra la extinción de cuerpo y mente. Nadie admite la negrura final. Y los más temerosos son los que soportan mayor padecimiento porque a los quebrantos físicos agregan la turbación espiritual.

No bastan el consuelo religioso, el alivio filosófico. Quien declina siente el desajuste fisiológico y la tristeza psíquica. No se le puede engañar.

Pero hay una manera de atenuar, a veces de superar las vicisitudes crepusculares, y es cuando el hombre acepta su destino cósmico engranado por los ciclos insoslayables del tránsito terrestre. Entonces se aceptan las penurias y tristezas con el ánimo viril que antes se absorbieron victorias y alegrías. Salvo el caso de una enfermedad cruel, vivir es siempre hermoso aun cuando sea declinando. Se pide poco porque se comprende mucho. Un nuevo amanecer es un triunfo más. Se agradece al Señor por el sol, el cielo azul, los árboles, los pájaros y los seres amados que nos rodean. En vez de la intolerancia sobreviene la ecuanimidad. Las dolencias físicas se aminoran con tratamiento médico y por la propia fuerza de carácter del paciente que acepta el padecer pero no lo exagera. Las penas y cavilaciones se ahuyentan por la activa ocupación. Mil atractivos nos llaman con persuasiva voz. La vida aparece radiante y misteriosa para quien sale a su encuentro ansioso de comprenderla y disfrutarla, aunque sea en medio de quebrantos y desfallecimientos. "Existo, luego puedo pensar y debo obrar agradeciendo el don de cada día" — es la norma del que admite la caducidad del ser sin abandonarse a los terrores del último frío.

Excepción hecha de los casos de senectud aguda, de edad muy avanzada cuando la persona ya no tiene dominio de sus actos ni conciencia cabal de sus ideas, la ancianidad puede sobrellevarse con dignidad, al cabo de una vida hermosamente redondeada, porque la naturaleza nos prepara sabiamente, regula los trances difíciles, nos enseña la economía final del austero declinar.

Las sombras del crepúsculo pueden ser aventadas. El entusiasmo —nervio motor del vivir— ya no será tan impetuoso, pero aun puede arder en la llama suave de la aproximación a los seres y a las cosas. La idea del perecer debe ser superada por la gratitud por todo lo vivido y por la esperanza de otra vida. Porque seguramente: hay otra vida u otras vidas, y otros mundos, y nuevas esferas de acción y sucesos inesperados y cosas que como pensaba no podemos imaginar —como pensaba Heráclito — que nos aguardan. Y aunque no fuese así: el solo hecho de soñar en un Más Allá hace dichoso al hombre y apacigua el enigma terrible de lo que hay después de la tumba.

Sea el varón paciente de sí mismo. Construya su senectud como edificó juventud y madurez: con sagaz conciencia de sus actos. Al atardecer ya no se encuentran maestros. Los muchos que tuvimos dan paso al Enseñante Interior, al que jamás engaña porque brota de nosotros mismos. Reconciliados con la naturaleza podemos decirle:

— Respeto tu curso inexorable que no lo veo funesto sino necesario. Y sé que tú respetarás mi último anhelo, la revelación de los enigmas que no pude descifrar en mi terrena existencia, porque hay ciclos y trances que aun no han sido.

El no creyente dirá:

— La naturaleza es implacable. Nos conduce de la mano al amargo y durísimo aniquilamiento.

El creyente y el soñador responden:

— Hay un poder que nos protege aunque a veces nos castigue. Y detrás de lo invisible una nueva visión que nos aguarda.

En ese instante, cuando reflexión y sentimiento nos aproximan al sentido supremo de la fugacidad humana, enhebrando el existir y el perecer en una sola ley de tránsito irrevocable, el hombre transflora en puro espíritu. Y no teme a la caducidad porque la conduce desde adentro.

NOVALIS: LA ESTRELLA FUGITIVA

Tres grandes compañeros ideales encantaron mi juventud: Hölderlin, Kleist, Novalis. Soñé con ellos, los perseguí largamente, pues en ese tiempo no había buenas traducciones y era difícil obtener sus obras. Al fin los encontré. Los he frecuentado tanto y siempre encuentro algo sugestivo cuando vuelvo a sus páginas. El genio de "HYPERION" y de "EMPEDOCLES". La tempestad pasional en "PENTESILEA" y en "EL PRINCIPE DE HAMBURG". Las mágicas revelaciones de "LOS HIMNOS A LA NOCHE", de "LOS DISCÍPULOS EN SAIS", de "ENRIQUE DE OFFTERDINGEN" y de los deslumbrantes "FRAGMENTOS".

Novalis fue la estrella fugitiva en mi mocedad alucinada que presentía en el romanticismo germano un reino de grandiosas creaciones, malcomprendido por la crítica. Conocí fragmentos aislados y los "Himnos a la Noche" pésimamente traducidos. (La versión francesa permite evaluar la endeble traducción española). Luego párrafos diversos de las dos grandes novelas poemáticas. Tardé 20 años en conseguir "Los Discípulos en Sais" y 26 en alcanzar el "Enrique de Offerdingen." Una selección excelente y nutrida de "Los Fragmentos" la capturé al cabo de tres décadas de búsqueda.

Astro errante no sólo por la dificultad de hallar sus libros, sino también en la irradiación de un intelecto relampagueante, siempre nuevo, siempre sugerente, como un diamante de mil facetas que jamás agota las retracciones de la luz que lo atraviesa.

Poeta y profeta a un tiempo, el gran romántico alemán — como Schelling, su genial contemporáneo — realizó la fusión aparentemente imposible de filosofía e imaginación. En intuiciones fulgurantes anticipó verdades que la ciencia confirmó dos centurias más tarde. Su retrato lo presenta con rostro de niño, casi como una flor sorprendida que se abre al sol de la inteligencia. Flor efímera y sin embargo de poderosos efluvios en su corta existencia, que pudo captar las infinitas vibraciones del mundo sensible y sumergirse en los abismos sombríos del pensar más atrevido sin perder su pureza y su decoro.

Novalis desconcierta a lectores e intérpretes: no puede ser capturado en una cápsula aprehensiva. Nos desborda. Está siempre en fuga. Su naturaleza proteica cambia de forma sin cesar, se proyecta en mudables, inverosímiles claves de sentido. Pocos vieron tan lejos y calaron tan profundo como él en la comprensión del universo, del ser, de la vida, y del misterio insondable pero intuible del pensamiento.

Su transcurrir humano bajo un signo adverso sorprende: corta vida, amor trunco, obras inconclusas, un temperamento excesivamente sensitivo que agrava su fragilidad física. Pocos lo entienden, muchos se mofan. “Los Discípulos en Sais” y el “Offerdingen” debieron ser dos novelas grandiosas, cimas del romanticismo; ambas quedaron a medio construir, muy lejos del plan original que les dio nacimiento. De los “Fragmentos” y poesías se perdieron muchos. Su mente vibra de entusiasmo, de amor, se embriaga en la contemplación de las maravillas vivas inanimadas; su corazón se asoma fascinado a la zona sombría de los enigmas, siempre en tensión de descubrimiento, expiando en el desgarramiento interno la sabiduría de comprender.

Sus biógrafos escrutan la infancia desdichada —el padre hosco, la madre melancólica, la muerte de varios hermanos, asilamiento, tristeza, ausencia de ternura familiar— pero olvidan que mediante sus precoz adolescencia imaginativa, Novalis salía por sí mismo de las nieblas de un vivir adverso. Se le tachó de voluble, cambiante, tornadizo. Su inquieto transitar mental perturbaba a las gentes. Su panteísmo exacerbado era un desafío. Irritaba su multiplicidad pensante. Su sensibilidad a flor de piel y su temprana sabiduría vulneraban el orgullo ajeno. Pocos comprendieron la naturaleza subyacente del gran infortunado. Angustia mística, sed de infinito, penar sin fondo, el abismo que se abría entre ideal y realidad.

A los 23 años conoce a Sofía de Kühn de 13. Se enamoraron locamente y la convierte en centro de su vida. Dos años después ella se extingue y el poeta hace de la Amada desaparecida su alimento espiritual. La obsesión por la novia muerta lo conduce a la voluptuosidad del sufrimiento. Es el escéptico dolorido que se transporta a un orbe de pura idealidad. Poco después la muerte de su hermano Erasmo intensifica su tristeza. Dolor y soledad signan su destino. El abandonado aparece morbosamente sentimental para unos, nostálgico del padecer para otros. El hombre de la pena contemplativa para todos.

Vida breve en tintas grises con pausas de dicha, en su curso físico. Pero vida ardiente, rica de hallazgos, ágil y pronta en el riesgo espiritual. El soñador tuvo todo cuanto fue negado al hombre. Y mucho más.

Es el padre del idealismo mágico. El hijo predilecto de la iluminación poética.

Entonces brotan como relámpagos las primeras intuiciones centelleantes. “Ve la naturaleza como una varita mágica petrificada. Todo objeto amado como centro de un Paraíso. El hombre como un sol con sus sentidos los planetas.” La Tierra ¿no será, interiormente un diamante? En la poesía adivina el arte de excitar el alma. El día como la conciencia del planeta. “Al hombre completo lo define: un pequeño pueblo. Dice que lo infinito es la música creadora del universo. El arte lo entiende ante todo como jeroglífico. La luz como acción del universo. Piensa que estamos más íntimamente unidos con lo invisible que con lo visible.” Para él todas las cosas acontecen en nosotros antes de que sucedan. Toda fuerza es una función del tiempo y del espacio. Advierte la poseía insospechada que se filtra a través de todas las cosas. Todo cuanto sentimos lo entiende como una comunicación. Refiere, del niño, que es un amor que se ha hecho visible. Define la naturaleza como el gran espejo mágico donde toda la Creación se refleja clara y pura. Todo lo que perseguimos —añade— es en el fondo una apariencia de nosotros mismo. “Expresa que el universo podría ser un Ángel que flota eternamente y etéreamente goza del tiempo y del espacio.” Y al último emulando con Schelling que en otra síntesis genial da una clave de interpretación y de sentido del hombre frente a la naturaleza, expresa: “al fin el mundo es sueño; al fin el sueño es mundo.”

Hay quienes encuentran algunos fragmentos pueriles, otros ambiguos; en su generalidad son penetrantes y concisos. Sugieren más de cuanto manifiestan. Su profundidad está en razón de la profundidad de quien se acerca a ellos.

Pero Novalis no es solo el visionario de los Fragmentos. Se da con igual ímpetu en la novela y en la poesía.

Admiro a Goethe, a Schiller, a Schlegel. Aprendió mucho del gran mineralogista Werner. Mas tuvo en Tieck al mejor amigo, a cuyo estímulo inicia sus dos grandes novelas “Los Discípulos en Sais” y “Enrique de Offerdingen”, ambas inacabadas, ambas juzgadas como poemas de

filosofías natural, como himnos a la naturaleza y a la embriaguez lírica de los soñadores. En suma: Novelas poemáticas, en tono de rapsodia. Creaciones de profunda originalidad. Cosmovisiones fantásticas. Epopeyas de estética trascendental que nadie agotó en el examen significativo de su trama y de su estilo.

Es difícil trazar fronteras entre misticismo, idealismo mágico, ardor panteísta, subjetivismo lírico, análisis objetivo, realismo fantástico, caminos por los que anduvo el pensador. Y más, aún, pretender definir las claves de estructura y las iluminaciones intuitivas del soñador. El mundo novaliano es un mundo originalísimo que no se parece a ninguno. Escapa a la crítica adocenada que se ajusta a cánones y tendencias establecidos. ¿Cómo seguir al visionario que preguntaba “¿quién adivinó el sentido supremo del cuerpo terrenal y quien puede decir que comprende la sangre?” Novalis apunta siempre a blancos móviles: es arduo seguir la trayectoria de sus flechas.

Esa red finísima de nervios capaz de captar las vibraciones más sutiles. Esa inteligencia penetrante que lo escruta todo. Ese espíritu lacerado por el dolor. Esa mente que siente y ese corazón que piensa. Ese buscador empedernido que halla su recompensa en sus propias intuiciones y en la forma bella cómo expresa sus ideas, conforman la figura más insólita de la literatura universal.

No alcanzó a ver publicadas sus obras, que aparecieron después de su muerte. Sintió y pensó mucho; escribió poco. Pero ese poco tan sugestivo y revelador, que cobra un efecto multiplicador para la crítica y para el lector. Se puede leer cinco veces el *Offerdingen*, diez *Los Discípulos en Sais*; siempre aparecerán nuevos, con vivaces aperturas de sentido y de matices que escaparon a la primera lectura

Para Brandés, Novalis llama a la verdad poesía y ensueño. Maeterlinck piensa que es quién más hondamente ha penetrado la naturaleza íntima y mística, la secreta unidad del universo. Carlyle se refiere a su extraordinaria sutileza de inteligencia, a sus facultades de abstracción intensa, a su pupila de lince para atravesar las ideas más oscuras hasta los extremos límites del pensamiento. Dilthey anota que el *Offerdingen* es la historia de un poeta, una melodía mágica de lenguaje que envuelve con encanto indecible la profundidad de un alma solitaria consagrada a las cosas más grandes. Hartmann no lo entiende y lo aminora. Béguin es uno de sus más profundos exegetas. La crítica que durmió cien años, en las últimas décadas se aproxima sorprendida a la oscuridad llena de promesas del mundo novaliano.

Novalis poeta no puede ser bien apreciado porque las traducciones castellanas son detestables. La versión francesa permite una aproximación mejor, aunque un escritor alemán me decía: “Novalis en otra lengua que la germana no es Novalis.” Hay quien sostiene que en los “Himnos a la Noche” rige una poesía de ritmo interior, intraducible. Asimismo, los famosos “Cánticos Espirituales” en los que se ensalza a Jesús y a María, transfiguran la religión en poesía y su música interior difícilmente llega a quienes no conocen la hondura de la lengua alemana ni la extrema delicadeza del epíteto y de las imágenes. También se perdieron muchos poemas líricos y místicos de Novalis, cuyo espíritu se abrió a los desconocido como despertando de un sueño sagrado. Su afinidad con Poe sorprende: en el amor desdichado, en el simbolismo de las ideas, y aun en la primitiva etapa de afición a los paraísos artificiales, así como en la transmutación artística de la muerte.

En sus versos Novalis embellece la negrura esencial de la muerte, le da un sentido místico y filosófico, rasga su misterio casi impenetrable con el dardo de oro de la esperanza cristiana. Otro crítico dirá que su manera interrogante, llena de presagios, concede a su poesía un poder inefable de sugestión.

Pero Novalis se remonta más alto en su prosa poética, casi rapsódica de sus novelas, de los fragmentos y del Diario.

Los soberbios planes estructurales de sus dos novelas no se cumplieron, ni siquiera en una mitad. Anunciaban travesías que al el autor llegó a realizar. Y sin embargo, lo que se nos ha legado basta para afirmar que se trata de dos creaciones personalísimas, sin parangón en la historia de las letras.

Fuera de toda clasificación de género “Los Discípulos de Sais” novela poemática, encierra un saber que trasciende a imaginación sublimada por los deslumbramientos de la naturaleza. Apólogo autobiográfico de Novalis, dirá un crítico, refiriéndose al hermoso relato de los amores de Maestro y Discípulo tienen contenido ético y estético. Es el relato de un visionario que se despliega sobre la naturaleza para replegarse luego sobre sí mismo. La trama infinita de los fenómenos conmueve al protagonista. La maravillosa energía de su espíritu escruta y re-crea el mundo. Todo es bello, novedoso y trascendente para su mirar anheloso. Ni escuela, ni tesis, ni esquema global de un relato orgánico. Para Novalis, el no-sistemático, su portentosa y confusa ideología se resuelve en sucesión fulgurante de ideas y de imágenes: lo adivina todo, no necesita demostrarlo, porque su mundo idealizado es tan veraz como el mundo real que sorprende y embellece. El mago de Sais podría ser su amigo Werner, el que lo aproximó al misterio de las piedras, y el discípulo predilecto el mismo Novalis. Es también, en cierto modo, un relato enhebrado dentro del idealismo trascendental de Schelling que entiende el mundo en antítesis y vinculaciones enigmáticas.

La trama del relato no llega a desenvolverse en plenitud: se corta bruscamente como la vida del poeta que se apaga a los 29 años. ¿Y qué importa? A veces la escultura mutilada sugiere más que la estatua perfectísima.

En esta obra el filósofo y el soñador rayan tan alto que se evaporan en las regiones superiores del alma. Hay que seguirlos y perseguirlo ahincadamente para alcanzar su mensaje de verdad y de belleza.

Quiso el poeta dar un curso cíclico a su relato, yugulando historia y religión, analizando los misterios antiguos, las cosmogonías y los dogmas teológicos, vasto panorama de ideas que no alcanzó a precisar. Más eso no es lo esencial. Es que apenas cogemos el hilo de la novela, él se apodera del lector y lo conduce por un río deslumbrante cuyas márgenes lo acosan con llamadas e incitaciones de insospechada novedad. Es un canto a la naturaleza y al poder mágico del espíritu del hombre, que jamás termina de interrogar y de encontrar respuestas a la tensión de su inquietud

En “Los Discípulos de Sais” Novalis descubre “que la naturaleza, despojada de sus velos, es el espíritu; y simultáneamente que el hombre es el enigma descifrado de la naturaleza.” Y lo dice en un lenguaje tan elevado que en su forma alada evoca las construcciones del Padre Bach, y en la hondura del sentimiento los andantes y adagios de Beethoven.

“Enrique de Offerdingen”, logrado con mayor amplitud pero también inacabado, es otro libro de revelación. Convierte al poeta en amo del universo y del destino, en supremo redentor del espíritu agobiado por la ruda materialidad de las cosas.

Quiso, su creador, oponer esta novela al “Wilhelm Meister” goethiano: el aprendizaje de un esteta contra el aprendizaje del hombre cotidiano. El personaje de Goethe luchará y se formará con el mundo. El de Novalis se conformará en un orbe místico, puramente ideal, brotado más de su propio interior para hermopear y dar sentido al mundo exterior. La “Flor azul” que busca Enrique, es el símbolo del ideal inalcanzable, del sentido oculto del universo. Matilde evoca a Sofía de Khun. Cuando Offerdingen la pierde, se transmuta en piedra desecho por el dolor. Es un poema narrativo, una epopeya de la fantasía que asume la configuración de los relatos medievales y caballerescos. Una concepción místico-mágica que por su fuerza de radiación intelectual sacude a teólogos y filósofos. La unidad de ciencia y poesía que vincula los “Fragmentos”, en el “Offerdingen” trasciende a descubrimiento y fantasía. La flor azul despunta hacia la dicha perfecta, al mundo idealizado del ensueño. Es la encarnación viva del “sehnsucht”, del anhelo hacia todo y para siempre. O en otras palabras aquello que refiere la gran mística de Avila: la voluntad metafísica de querer comprenderlo todo y alcanzar las verdades más altas

Mito y leyenda subyacen en la escritura novaliana como genios reanimadores de su búsqueda espiritual, pero en el poeta jamás dejan de coexistir un analista agudo y un sagaz recomponer de síntesis mentales, cuya sabiduría se trasunta en este magnífico pensamiento: “la naturaleza es un orden y un desarrollo del mundo cuyo secreto más íntimo es el de nuestro propio ánimo.”

Verdad que el “Offerdingen” ofrece una trama de más fácil curso que “Los Discípulos de Sais”, mas en ambas novelas predomina el filósofo fragmentario, el soñador-revelador que aspira a

comprender intuitivamente los misterios de la naturaleza y sobrepasar los límites de la razón por la más pura y elevada idealidad.

Esta mentalidad riquísima y variada, este temperamento lleno de sutilezas y claroscuros, este ser pensante que oscila entre luz y oscuridad, logra en sus novelas la más extraña mixtión de verdad y poesía, porque la verdad en forma bella es poesía y la poesía en intuición estética es verdad.

Como el colibrí, siempre dardeante, velocísimo, trasladándose en raptos y giros bruscos de un punto a otro, Novalis se mueven en un espacio mágico que sin dejar de ser real conjunciona la matematicidad de lo preciso con la irrealidad de lo fantástico.

Su don de adivinación y su carga emocional fueron tan lejos que se sustraen al entender común. Hay que haber sufrido, escrutado y meditado mucho para acercarse a su reino cruzado de luces y de sombras que no abre sus fronteras a la primera incitación. Como ciertos pasajes del texto bíblico urgidos de revelación y significaciones, la escritura novaliana exige trato frecuente y profundización, capacidad para descifrar símbolos, alegorías y apólogos, aptitud para seguir el rastro cambiante y parabólico de un pensamiento que jamás se detiene porque apunta hacia lo más recóndito y hacia lo más lejano.

He vuelto a Novalis muchas veces. Nunca me hastía, es siempre inédito. Cada encuentro sugiere nuevos ángulos visuales, distintos enfoques de interpretación. Es un alma de muchas almas que en su corta y trayectoria espiritual, evoca al hierofante eleusino señor de los misterios antiguos o al sabio iluminado a la manera de Teilhard de Chardin.

Su alfabeto creador no está del todo descifrado. Desconcierta a legos y doctos por su extrema movilidad y la ondeante transparencia de los velos que lo cubren.

Es un pensamiento en devenir. Una fantasía inextinguible.

Por eso diré. Novalis, la estrella fugitiva que huyendo de sí misma se mueve esquiva y altanera en la trágica profundidad de una misteriosa lejanía.

LOS SEPULTUREROS DEL IDEAL

El naturalismo tremendista de los escritores norteamericanos —O'Neil, Stenbeck, Hemingway, Faulkner, Bellow—, y el nihilismo disolvente de los europeos —Joyce, Kafka, Sartre, Becket, Ionesco— son los padres del "boom" latinoamericano que, salvando excepciones, sólo ha dado deleznable epígonos antes que auténticos creadores en la narrativa moderna.

Predomina en la actual literatura la tendencia al relato crudo, de tintes violentos, de animalidad desatada. El escritor se jacta de blasfemo. Viola los recintos más íntimos del ser. Para él la sociedad es basura y la vida re pugnante. Mira el mundo bajo un lente negro: todo está mal y todo debe ser airadamente atacado.

Las dos Guerras Mundiales con su secuela dicotomía de fascismo y comunismo, los grandes éxodos, las crueldades carcelarias, y la violación asidua de los derechos humanos, han engendrado la tempestad planetaria de los "anti". Ya nadie es partidario de nada; lo que rige es el combate a lo opuesto a aquello que elegimos. Anti-comunismo, anti-capitalismo, anti-social, anti-estética, anti-moral, anti-héroe, anti-masa. Así hasta el infinito. El hombre de hoy, guiado por el escritor, marcha a la negación.

Esta crisis de desesperanza, se relieves en la persecución del anti-héroe, fruto del resentimiento, y en la a-literatura de que habla Claude Mauriac, ambos fenómenos brotados del temor y de la confusión que azotan a las gentes.

Pasó el tiempo del protagonista-modelo, del relato comprensible. Hoy el personaje debe ser artificiosamente detestable y la narrativa oscura, enigmática hasta la exasperación.

El hombre, que fué medida del mundo y de las cosas para el antiguo, para la a-literatura contemporánea es el contra-tipo. La narrativa ya no esclarece ni deleita; es sólo rabiosamente conflictiva y alienante. Rabelais y Céline se quedan cortos frente a la inmundicia que rebosan los relatos de hoy.

Si el narrador actual lacera y destroza la imagen del hombre, odia y arremete también contra el idioma. Salvando siempre las excepciones, se rivaliza en herir y despreñar la sana construcción lingüística. El escritor vive, piensa y escribe a contrapelo. Brota de las tinieblas. Bordea el abismo. Se revuelca en el estiércol y en el fango. Mira a la oscuridad, rehuye la luz. Es una suerte de topo que habita bajo tierra porque nada de la superficie gana su atención.

Deshumanizado, despojado de los valores tradicionales, el escritor contemporáneo pretende volver a nacer, sacudiéndose de todo lo conocido y aprendido. Practica una especie de superación de las fronteras habituales. Parte de la negación, cultiva la exasperación de los sentidos (Rimbaud), lo fascinan el sadismo descriptivo, el laberinto en el relato. Dinamita el lenguaje para llevar su propia confusión a la mente del lector. Se piensa gran rebelde y es sólo mísero esclavo de su desenfrenado afán de originalidad. Uno, que compuso una gran novela, publica después libros disparatados. Otro narra sus experiencias de alucinado cuando lo recluyeron en un sanatorio. Todos compiten en procalalia, cinismo, pornografía, pesquisa de lo bajo y repugnante. ¿El mundo es sucio, corrompido? Hay que ensuciarlo y corromperlo más. Los personajes de Ionesco, por ejemplo, son caricaturas, no seres humanos. Y el dictador que ven ciertos sudamericanos está aun por debajo de la caricatura: no existe ese tipo humano. Fue inventado (en esa forma horrenda) para abajar la imagen del político sudamericano.

Borges — otro ejemplo — tiene talento, gran erudición, posee una técnica innegable de poeta y de prosista. Escribe, en realidad, para intelectuales. No es fácil seguirlo; pero es el ídolo de los esnobs que lo guardan en sus bibliotecas a veces sin abrir sus libros.

Volvamos a los otros, a los peores. Y sin embargo traducidos a varias lenguas, vendiendo libros por montones. Estos carecen de horizonte. No tienen mensaje por transmitir. No enseñan. No distraen. No esclarecen. Ignoran el ideal y la belleza. Desdeñan lo clásico y lo normal. Parodiando la paradoja aquella de que en lo sexual lo normal es lo anormal, se diría que en el relato moderno lo mal escrito es lo bien escrito.

Cuanto más grosero, más rudo, más enredado y desorbitado es el autor, se le considera representante más fidedigno de la a-literatura de hoy. Se opone lo elemental a lo civilizado. Lo disforme a la forma organizada. Se descomponen mundo y persona. El genio díscolo y bárbaro impera: relatar horrores, esparcir escándalo.

Es la óptica de la negrura y del espanto.

La destrucción de los valores que anunciara el solitario de Sils-María, se consume inexorablemente. Para ellos Dios no existe: ni religión ni moral. Patria palabra hueca. Familia no la hay. Los ideales abolidos, dicha y esperanza también. ¿Dónde vamos? Su respuesta es insistente: a la náusea, al absurdo, a la negación del hombre y sus valores tradicionales, porque el hombre es una criatura desolada movida por fuerzas ciegas. Hay que desmitificar la cultura que en última instancia —alegan— no existe porque la primacía del instinto anula la inteligencia. La palabra exacta para ubicar a los narradores actuales sería ésta: demoledores. Piqueta y pala contra todo y contra todos. Hasta entre ellos se odian y se agarran a patadas. El inconsciente colectivo se ha vuelto fiera individual.

Milenarista sin buscarlo, no creen llegar al próximo siglo. Negando y socavando todo, cavan su propia tumba. Son, en verdad, los sepultureros del ideal, de la confianza del hombre en su propia capacidad de sobrevivencia y recuperación.

Cierto que el mundo anda descoyuntado y las sociedades frenéticas de novedad y de placeres. Pero eso cuenta con las minorías decadentes, no con la generalidad del transcurrir humano que sigue siendo sano y noble en su mayor parte. ¿Por qué entonces sus negadores escogen lo malo y silencian lo bueno?

El hombre clásico — digamos hasta el Renacimiento — tuvo visión circular. Su concepción del mundo y del ser englobaba todas las partes de la esfera. El hombre de hoy vive en eclipse permanente. Ve solamente el área oscura de las cosas. Ignora o quiere ignorar lo que sucede en la cara iluminada del planeta. Cierra ojos, conciencia y voluntad a la realidad viviente. Sólo le interesa lo que él mismo piensa, su visión deformada y rencorosa del contorno.

¿Cómo se explica, entonces, que estos profetas del desastre sean leídos, aplaudidos y difundidos por el mundo?

Es que también los lectores están envenenados: muchos leen, pocos comprenden. La mayoría hojea o agrupa obras que apenas entiende, pero están de moda y hay que adquirirlas, aunque proporcionen disgusto y desencanto.

Y no se diga que no existen narradores nobles y sencillos, de gran destreza literaria y fina calidad humana. Ahí están —para mencionar sólo a cuatro— Hesse, Baring, Katzanaki, St. Exupéry, modernos sin aspavientos, personalísimos sin estratagemas de originalidad.

La fauna de los narradores desechados se acrecienta con otra no menos curiosa: la de los famosos críticos que la orienta, la interpreta y la supervaloriza. Leemos un libro estrafalario de la corriente en boga; luego la crítica que lo analiza y exalta. Es increíble: el crítico peor que el narrador. Descubre cosas que no existen, atribuye al autor móviles que no tuvo, arma ingeniosas construcciones dialécticas, juega con trama, personajes, estilo, en suma: es el Colón de la nueva literatura, el que ve más lejos y encuentra o cree encontrar valores, matices, significaciones que jamás cruzaron la mente del escritor. ¡Famosos críticos literarios de nuestro tiempo, divagadores a ultranza, inventores sin límite! Tan habilidosos como absurdos, tan divertidos como inmorales, porque en vez de orientar confunden al lector. Maestro de un arte sibilino sólo ellos ven o adivinan acertijos que esquivan al lector común. Más petulantes que los autores juzgados, despreciadores de lo clásico y normal, su habla de iniciados empalaga.

Cuando el narrador contemporáneo adquiere cierta fama y sus libros se venden bien, pasa a Savonarola de las letras. Hay que atacar, injuriar y abominar furiosamente de todo lo conocido. Y en el lenguaje más iracundo, más destemplado. Es incendiario de intención, demoledor de conducta. Quiere barrer con la historia, con las letras, con el arte, con el hombre mismo (naturalmente que excluía la fauna de los negadores). Pues acontece que si algunos son sinceros la combatir los vicios en boga, muchos viven en la mayor comodidad y holgura que les proporciona la misma sociedad a la cual combaten. Taimados jueces.

Uno de esos novelistas desaforados escribió cierta vez contra España, su patria, y contra la lengua española tales dicerios que espantarían a los mayores libelistas. ¿Locura o vanidad? Acaso únicamente el resentimiento, la impotencia de no poder surgir por camino recto y con las manos limpias.

¡Cuánto de instinto comercial, de cálculo y de astucia se enmascara detrás de la narrativa actual!

¿Por qué se difunden tanto estos nihilistas de la novela? Por curiosidad, por instinto morboso, por disciplina intelectual, por esnobismo, por recibir el impacto mental de algo crudo, fuerte, escandaloso, aturridor que saque al lector de la placidez del relato tranquilo. Porque están de moda. Porque se piensa que dicen lo que nadie se atrevió a decir. Porque divierten y repugnan y hay quienes cultivan el masoquismo de lo repugnante.

Mantenemos la salvedad: no son todos, pero si la mayoría. El narrador de nuestro tiempo quiere sorprender, desconcertar y excitar al lector. Lo conduce por sórdidos laberintos. Luego lo abandona lo mismo frente a una cloaca que al borde del abismo. Si la literatura nada le importa ¿qué podría interesarle el hombre que da la materia de su acción?

Lamentable cofradía de los noveladores-negadores: sin fe, sin esperanza, sin caridad. Asesinos de almas en cierto modo, pues sin principios, sin ideales, sin voluntad de resurgimiento, sin la facultad de ver y comprender el mundo generosamente, a pesar de sus imperfecciones ¿qué sería del hombre si no un ente muerto en vida?

Dostoiewski, Dickens, Balzac contaron horrores sin dejar de expresar Cosas nobles y bellas. Comprendieron la polaridad del Bien y del Mal. Los novelistas de hoy prefieren referirse únicamente al aspecto tenebroso y larvario de la vida.

Que de fama transitoria gocen. El futuro les negará acceso al gran panteón de las letras. .Acaso se salven algunos por su ingenio y por su técnica expresiva, pero la legión de los condenados será extensa porque no se puede atentar impunemente contra los ideales de virtud, de equilibrio interior, de nobleza y de belleza que Dios inscribió en el corazón del hombre.

SOBRE LA ENVIDIA, PASION OSCURA

Distíngase bien: no se trata de la enemistad, del odio gratuito o justificado, del rencor, cosas mayores. Se trata de la envidia, simplemente; ese mezquino sentimiento que frecuentemente se embosca detrás de la fingida amistad o de la imparcialidad alevé.

Aunque Yago en cierto modo la encarna, es lástima que Shakespeare, maestro de almas, no hubiese compuesto la tragedia del envidioso, el gran frustrado, el gran condenado que expía en su despecho no poder elevarse a la altura del envidiado.

La envidia se manifiesta en formas múltiples, despliega sus alas negras sobre toda actividad humana. Nadie es inmune a ella. Viejos y jóvenes, buenos o malos, fuertes o débiles todos se hallan expuestos a su maligno influjo. Caín es sólo un símbolo bíblico: muchísimo antes, tal vez un millón de años atrás, en la sociedad cavernaria ya existió el brote original del resentido. Como la sombra al cuerpo la envidia sigue al alma, surge de la ambición, del anhelo de subir, de sentirse primero y mejor que los más aptos. Es connatural al hombre. Pocos pueden sustraerse a su nefasto poder.

Existe la emulación noble, asunto diferente. Escuchando una música de Mozart, leyendo un poema de Rilke, leyendo un texto de Eucker, subyugados por una escultura de Lisipo pensamos: "habría querido ser el autor." En esto no hay resentimiento, más bien admiración. Tampoco faltan los que se alegran o al menos no se sienten vulnerados por el éxito ajeno. Pero son tan escasos!

La envidia, en cambio, la verdadera, tiene millones y millones de súbditos. Soberana caprichosa, asaetea sin descanso. Busca mil modos y matices para acosar a sus esclavos. De raíz perversa, de intención fatídica, es más peligrosa que el odio porque no combate de frente, se embosca en la sombra, transcurre subterránea, se avergüenza de salir a la luz del sol. Se mimetiza en la vida de relación. Cuando no finge simpatía, acude al silencio. Y al verse forzada a manifestar opinión, recurre a sutilezas, subterfugios o mezquindadas calculadas para aminorar en lo posible al envidiado.

Nacemos, vivimos, morimos circundados por la envidia. Es la deidad imperiosa que reina sobre el mundo de los hombres. Amarga a los débiles, no puede hacer tambalear a los fuertes, pero sus jugos ácidos se esparcen sin fronteras. Otras veces se disimula con tal astucia que ignoramos su presencia. Hay manos, saludos, promesas, palabras que vibran cordiales y no dejan trasuntar el desagrado subyacente. Es la peor forma de la envidia porque trabaja invisible, opera oculta, nunca descubrimos las piedras que nos hizo lanzar por mano ajena ni los vacíos que provocó.

A propósito del vacío, arma favorita de los envidiosos. Piensan muchos que mejor que negar es silenciar. Hacer el vacío, no nombrar ni acoger al envidiado, olvidarlo, ignorar que existe es lo que más duele al ser humano. Pues entonces despecho y desafecto se unen: que no se hable del hombre ni de la obra. Se atiza la conspiración del silencio, más difundida cuanto más avanza el sujeto elegido.

Bastaría mencionar la envidia de Salieri por Mozart o el despecho impotente de Voltaire, mediocre dramaturgo, por el genio de Shakespeare. Y en nuestra América las invectivas de Pablo de Rokha que nunca pudo alcanzar la altura poética de Pablo Neruda. Pero éstos son ejemplos clásicos. Hoy la envidia se ha multiplicado y descendido tanto, que cubre en extensión toda la

superficie del suceso humano. Se envidia no sólo ya el talento y el éxito; se envidia todo: nombre, posición social, fortuna, avances en la ciencia y en el arte, el modo de vestir, de hablar, la simpatía personal, la casa que se habita, la familia, los amigos, los hábitos de trabajo, las distracciones favoritas, los libros que se leen y los que se escriben, los encuentros amorosos, las polémicas y las situaciones de riesgo, el automóvil y el tocadiscos, en suma: todo, se refiera a la estructura somática, a la fisonomía espiritual, a los modos de ser y de vivir del prójimo.

El viejo refrán castellano siempre vigente enseña: "¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio": verdad innegable. Es entre iguales donde la envidia cobra caracteres de ferocidad. Se te puede perdonar que sobresalgas en otros planos, jamás en el que transcurre el que te juzga. Enemigos abiertos o émulos encubiertos, la mayor ruindad y la maldad más punzante brotan, siempre, de aquellos que siguen tu vocación.

La torva envidia, por rara alquimia, amarillea las caras, emponzoña las almas enmascara gestos y palabras.

El mundo no se hizo para la unanimidad sino para la diversidad. Y es ley que por uno que se empine serán olvidadas multitudes. Es justo, entonces, que el vencedor expíe su victoria: ataques, injurias, vacíos intencionados, sutiles modos de aminorar los éxitos son el natural desquite de los impotentes.

Pasión oscura, porque se niega a mostrar la cara.

Tan enraizada en la naturaleza humana que pocos, muy pocos pueden extirparla. Y superarla. Viene de las zonas abisales del espíritu de ese fondo de animalidad instintiva que es muy difícil controlar. Ni el Cristianismo, con su sublime doctrina de amar y de perdón, pudo agostar la planta de la envidia que sigue proliferando implacable.

Aceptémosla como es. En el juego bascular de la naturaleza representa el freno permanente para no desbordarse en soberbia y autosuficiencia. La espina necesaria en el camino del propio perfeccionamiento que jamás termina. El maestro maligno que nos enseña a convivir hiriendo al enseñar. Y también la Maga Diabólica que oscurece con sus alas negras los instantes más bellos de la existencia.

Porque la Envidia, hija del Mal, está ahí para recordarnos que hubo una Caída y que debemos expiar en el dolor la grandeza del saber y del sentir.

EL CONTINENTE MENTAL INEXPLORADO

El Inconsciente, la Conciencia y el Supraconsciente. Un siglo de análisis y discusiones sobre los dos primeros; el tercero aparece vedado y misterioso. ¿Qué esperamos?

Va para un siglo que científicos y neófitos discuten las ideas de Sigmund Freud, particularmente la técnica del psicoanálisis y la teoría del inconsciente. Desde los trabajos iniciales de Freud, Jung, Adler, Rank, Steckel y Federn hasta las posteriores investigaciones de biólogos, químicos, neurofisiólogos y psiquiatras, filósofos y cibernéticos, fluyen torrentes de información sobre ambos temas.

La bipolaridad Inconsciente-Conciencia ha hipnotizado al mundo. Como si todo el proceso mental girase solamente dentro de la doble y recíproca órbita de la vida psíquica consciente y del acontecer psíquico subconsciente, se diría que los hombres confirieron a éste el reino de la oscuridad y a aquella la soberanía de la luz. Todo lo que es claro, explicable, próximo a

certidumbre, cae dentro del dominio de la conciencia. Aquello que se presenta oscuro, enigmático, confuso pertenece al área de lo inconsciente.

Mientras en las postrimerías del colonialismo político-económico, muchos se lanzaron a la aventura geográfica y territorial, no fueron menos los que intentaron la exploración del alma. Se trataba de invadir los dos continentes psíquicos conocidos: el de la conciencia, superpoblado y reconocido en varios milenios, y el del inconsciente, redescubierto en el siglo XIX. (El inconsciente freudiano no es sino la versión actual, compleja y tensa, del antiguo psiquismo inconsciente que todas las épocas conocieron). Este segundo continente del espíritu, casi despoblado y con inmensos espacios vacíos cuando Freud lanzaba sus primeros trabajos científicos, fué el que atrajo con mayor fuerza a los investigadores. Había que explorar y reconocer los inmensos territorios de la memoria planetaria, desde el embrión hasta el ser más inteligente y mejor organizado. Iluminar las zonas oscuras de la mente. Interrogar al pasado histórico y a la infancia individual. Bucear en los mares escondidos de la conciencia, allí donde el hombre no se atreve a sumergirse por temor a tropezar con revelaciones incomprensibles, impactantes, casi siempre hostiles para su tranquilidad.

Verdad que el sabio vienés confirió al inconsciente magnitudes desmedidas en relación a la conciencia, otorgándole absoluta autonomía dentro de un sistema hermético de determinación. La ciencia moderna, en cambio, admite la organización del ser psíquico por una dialéctica de interacción constante y recíproca del ser consciente y de su inconsciente.

Pero no se trata de volver a la Sempiterna discusión de idealistas y materialistas: si el alma es el rayo divino que Dios pone en la inteligencia para enseñarle el camino de su finalidad trascendente, o para los idealistas que creen en el espíritu autónomo mas no en un Dios omnipotente y creador, que el ser psíquico es distinto del ser fisiológico aunque esté inserta y se manifieste en el proceso material. O como sostienen los materialistas que alma, espíritu, conciencia sólo son excrecencias cerebrales, artificios, epifenómenos contingentes, frutos de la materia que con ella nacen y con ella perecen.

Lo evidente es que si el continente de la conciencia fué intensamente explorado por místicos, pensadores y sabios, el territorio del inconsciente se presenta, en la actualidad, semipoblado , reconocido ya en gran parte de su conformación orográfica e hidrográfica.

La conciencia despierta y la inconsciencia dormida se han reconocido limítrofes. Actúan paralelas.

Si la conciencia es la organización dinámica y personal de la vida psíquica, como lo entienden los modernos, la modalidad del ser mental por la cual se instituye como sujeto de su conocimiento y simultáneamente autor de su propio mundo, el inconsciente —o subconsciente— es el depósito inconmensurable de todos los procesos primarios del ser, desde el hombre de las cavernas hasta nuestros días, así como el natural refugio de las impresiones y experiencias del ser humano desde que despunta la razón en el infante hasta que declina en el provento. Por ello, después de Freud, ya no existe solamente una psicología de la conciencia, sino, además, una suerte de psicología del inconsciente. De donde se desprende que la acción recíproca consciente-inconsciente, unifica los dos continentes conocidos de lo dominado y lo poco accesible. Ambos son tierra explorada y organizada a la medida del entendimiento, aunque el segundo escape todavía en parte y se preste a múltiples y cambiantes interpretaciones.

La geografía del alma va muy a la zaga de la astronomía cósmica. Sabemos más de estrellas y galaxias, de "cuasares" y espacios vacíos del universo (vacíos para el ojo o los instrumentos que exploran el espacio) que de las misteriosas leyes o reacciones que se suscitan en la hondura abisal del espíritu. Es más enigmático el abismo interior que la exterior inmensidad. Y por lo que atañe a las regiones enigmáticas en las cuales opera la conciencia superior —podría decirse el omniconsciente (o supraconsciente) — estamos prácticamente a oscuras.

Muy pocos se aventuran por el continente mental inexplorado de la omniconsciencia, de donde proviene las inteligencias más elevadas y las mayores voluntades; en suma: todo cuanto entraña prodigio o excelsitud en la proeza humana.

El ser consciente no puede detenerse o rebajarse a ver la fuente original del conocimiento y de su experiencia psíquica, solamente en las zonas oscuras de la mente. Retrocediendo en la indagación interrogativa se pueden explicar muchas cosas, más no todas.

Y es que, aunque no bien estudiada, existe una “tierra incógnita” en el alma que se vislumbra más que se conoce. Poéticamente llamaríamos a este mundo ignorado “La Inspiración”. Los creyentes insistimos: “el rayo divino”. Los materialismos responderán: se trata sólo de la potenciación del cerebro, un fenómeno fisiológico, puramente material. Como quiera que sea, enviado de arriba o nacido de sí mismo, el proceso mental superior acusa la existencia de una fuerza espiritual benéfica tan digna de exploración y análisis como las tensiones casi siempre negativas que ascienden del inconsciente.

Siendo limitada, habiéndose confinado únicamente a la bipolaridad consciencia-inconsciencia la exploración del alma, debemos ampliar el esquema de su estudio sobre la perspectiva triangular:

Inconsciente = consciencia = supraconsciencia

solo entonces habremos ensanchado la visión de los procesos mentales, que si para el espiritualista son dones recibidos y a la vez prodigio de su adecuación con el mundo y con el desarrollo del ser psíquico, para el materialista son sublimaciones momentáneas y fugaces, epifenómenos de la evolución de la materia.

En ambos casos se trata no de aquello que retrocede y oscurece — lo inconsciente — sino de lo que avanza e ilumina — supraconsciente.

Y no se piense que se trata solo del continente desconocido de los genios —insignes guerreros, grandes pensadores, poderosos artistas, políticos visionarios, espíritus sublimes o voluntades titánicas — porque la omniconsciencia puede llegar también al hombre medio y aun a los humildes.

Repárese en el caso del sencillo obrero que durante 30 años se mecanizó en un trabajo monótono, y de pronto, como iluminado por un atisbo genial, encuentra que moviendo una tuerca ese mismo trabajo centuplica su potencial de rendimiento. Ni la razón común ni las voces del infra-espíritu explicarían el asunto: todo invento práctico, toda iluminación pasajera del espíritu, toda grande acción, toda impetuosa “idea creadora, se gesten lentamente o por brote repentino, no provienen de la psique normal cotidiana, sino de aquella zona misteriosa del alma que adivinamos, pero escasamente estudiada por la ciencia.

Hoy nos parece ingenua la concepción medieval de infierno, purgatorio y cielo, mas si pasamos del plano teológico a la indagación mental, advertiremos que los tres grandes ciclos descritos por el Dante corresponden a los tres órdenes del espíritu insertos en cada conciencia individual. Cada cual lleva, pues, se mueve y se realiza dentro de su propia oscuridad, equilibrio y bienaventuranza. Las representaciones simbólicas del mal, de lo pasajero-normal y del supremo bien, se repiten o transfieren al ser trascendente y vivo. Teología y biología se ordenan similares.

¿De dónde brotan la voluntad dominadora de Alejandro, los raptos titánicos de Miguel Ángel, los éxtasis de Santa Teresa, las arquitecturas corales de Bach, las figuras espiritadas del Greco, la filosofía ética e idealista de Platón? Genios, sí, porque buscaron en su interioridad la aproximación a la divinidad o al omniconsciente. Supieron remontarse, no se hundieron en los abismos que escapan a la lucidez de la inteligencia.

Pero no sólo los genios. Desde remotos tiempos profetas y legisladores, lo mismo Moisés que Manú, Hammurabi o Mahoma, los removedores del mundo a la manera de Napoleón y de Bolívar, Confucio en la China o Gandhi en la India, la memoria perdurable de los Asoka justicieros y el influjo benéfico de nuestro Thunupa andino se generan, todos, de la iluminación hacia la grandeza. Persiguen al bien común aunque algunos se hubieran extraviado en su camino.

Y en escala descendente, escrutando los destino del hombre medio: un político sagaz, un poeta, un investigador científico, un pintor, un técnico, un escritor, el buen padre de familia, el

ciudadano responsable ¿dónde buscan inspiración y guía sino en el plano superior de la conciencia?

Si en literatura se considera a Shakespeare como el mayor creador que dio la planta humana, es justamente porque sus dramas encierran en toda su amplitud y variedad, la multiplicidad del ser: lo diabólico, lo normal y lo anormal, lo superior. Las acciones más bajas junto a las más altas. Sombras y luces en su infinita gama de matices. Los caracteres más problemáticos. Los arquetipos del mal y las figuras aéreas de la bondad y la belleza. Están todos: los más horribles y los más nobles. El hombre en las terribles condensaciones y desplazamientos de la conciencia, que es tres veces proclives al Mal, al sosiego cotidiano y al Bien.

¿Conocemos con certeza hasta qué grado los hilos que se mueven de arriba (o desde lo hondo del alma) o nuestros propios impulsos configuran el destino individual?

¿Quién ha estudiado los abismos del omnisciente, con la extensión y la profundidad que se ha explorado los vastos territorios de la conciencia y del subconsciente?

Esa voz interior que Sócrates llamó mi "Daimón". Esos rayos invisibles que iluminan al conductor. Esas iluminaciones súbitas que transforma a la mente media en creadora. Esos toques fulgurantes que los poetas denominan "inspiración" y los filósofos la "intuición". Centella fugaz para unos, manantial perdurable para otros, esa fuente primordial de sabiduría y de energía está manando siempre; sólo que pocos la alcanzan y la mayoría no llega ni a entreverla. ¿Por qué? Porque no se nos ha enseñado una teoría de la conciencia superior, ni la praxis para acercarse a ella.

El Cristo es quien mejor y con mayor claridad nos reveló la grandeza del alma, pero los sabios contemporáneos, en su grande mayoría, piensan que no existen Dios ni Alma, atribuyendo todo a la energía universal y a la mente que trata de comprenderla y dominarla.

La visión general permanece confinada a los dos continentes de la conciencia normal y del inconsciente. El hombre rige la primera. Satán el segundo. Hemos olvidando que el supraconsciente es el reino del Ángel. Cuando Freud habla de "la lucha con el Ángel" se refiere consciente o inconscientemente, al Ángel Maligno, la máscara satánica. Cuando Schweitzer descubre el concepto bondadoso de la "reverencia por la vida", ha interrogado y ha recibido la respuesta del Ángel Benéfico que mora, lo mismo que el Maligno, en el corazón del hombre.

¿Pero qué sabemos, qué conocemos bien del tercer continente inexplorado de la mente?

Nada. O casi nada. Lo presentimos, mas daremos de la llave que abre sus puertas.

La "caída platónica", esa pérdida de las alas a que alude el "Fedro" no es la figura mítica de la falta primordial, sino la advertencia simbólica para recordarnos un origen divino, que seguimos unidos a él, aun en la miseria del subsistir terreno. Filósofo y educador, el insigne ateniense jamás perdió contacto con las zonas superiores de la conciencia, allí donde la idea de Dios, la Bondad, la Virtud, el Bien, el espíritu de descubrimiento e inventiva, la infinita curiosidad y la sabia moderación, la imaginación que se busca a sí misma y el "eros" que lo puede todo, entrelazan sus tramas enigmáticas.

La crisis que atraviesa la humanidad no sería tan grave ni tan vasta, si hubiese aparecido un Freud del Supraconsciente, que revelara a los hombres la potencia creadora y reanimadora de la mente humana que posee, en sí misma, las fuerzas salvadoras para resurgir de los tiempos sombríos y catastróficos.

El psicoanálisis, la interpretación de los sueños, los complejos de infancia, los traumas psíquicos, las represiones sexuales nos han descubierto las áreas sombrías del espíritu.

Hombres y humanidad, el ser y los Estados deben buscar la apertura hacia la luz. Eso que llamamos —sin conocer bien— los planos superiores del Espíritu. El continente mental inexplorado.

CAMOENS, LA PROEZA LUSITANA

Los dioses pusieron el dolor delante de la gloria.

Cuando Kafka, el atormentado, dice: "Estoy acosado; he sido elegido", traza, en cinco palabras de fuego, el destino de los grandes vates sagrados que cantaron la proeza humana.

Homero y Milton ciegos, Cervantes manco, Camoens tuerto, Tasso y Hölderlin locos, Kleist suicida, Leopardí sombrío, Byron satánico, Dante exilado y perseguido, Baudelaire y Poe oscilando entre el vicio y la locura. Virgilio, genio feliz, es la excepción.

Una sombra cruel y adversa oscurece los días de los poetas inmortales.

Y a estos ángeles negros de la desdicha y el sufrimiento, es concedida la gracia suprema de trocar el dolor en alegría victoriosa. De enaltecer, con lenguaje divino, la miseria y la grandeza del hombre.

Epifanías del genio ibérico. España da en el "QUIJOTE" el mejor retrato de la grandeza y el extravío humanas; Portugal entrega con "LOS LUSIADAS" el mayor poema épico de los tiempos modernos. Pero ambos creadores, Cervantes y Camoens, se hermanan en su calidad de gloriosos perseguidos del destino. Luchan por su Dios y por su Rey. Pierden un órgano vital. Padecen hambre, enfermedades, prisión, calumnia. Son desdichados en sus amores. Mundo y sociedad los hieren con sus más crueles venablos. Combatidos, resistidos, olvidados. Miseria y adversidad son sus madrinan. Guerreros, navegantes, aventureros, y a la postre descubridores de nuevos reinos ideales. Cuanto más sube el artista creador, más hondo cae el hombre. ¿Que fecunda los hados malignos?

Tal vez Meister Eckhart adivinó el secreto: "pues el corcel que mas rápidamente conduce a la perfección es el dolor."

Pero ahora hablemos Luís Vaz de Camoens, hijo de la audacia y la "saudade", aquel que amoroso y arrogante llamó al Portugal vértice de la cabeza de toda Europa.

I

Imaginad un niño soñador y melancólico. Un adolescente ambicioso. Un joven arrojado, ansioso de las mayores experiencias. Un hombre noble pero desordenado, cuya altivez y gran corazón se dan de bruces, muchas veces, contra el mundo. Un luchador innato que prueba sus fuerzas contra el hado y contra los hombres. Un intelectual por su formación humanista, un varón del Renacimiento por la época que lo exalta y configura. Cristiano por el alma, pagano de cuerpo. El ideal del cruzado y la sensualidad del aventurero cruzan su espíritu. Y por encima de las excelencias y desfallecimientos del hombre complejo y plural, el canto del ruiseñor que dará a la lírica portuguesa sus acentos más finos más tiernos, y las épicas lusitana las músicas excelsas de un pasado de gloria y de grandeza.

Dicen que esta vida singular transcurrió entre 1524 y 1580: rebasa apenas el medio siglo, no alcanza a seis décadas.

Camoens nace y muere en Lisboa. Estudia en la famosa Universidad de Coimbra. Navega y naufraga. Sigue la ruta de Vasco da Gama. Conoce el África y el Asia. Se detiene en Ceuta, en Goa, en Macao, en Mozambique. En la primera pierde el ojo derecho peleando por la Cruz contra Mahoma. Funcionario público en Goa, controla los bienes de muertos y desaparecidos. Acusado injustamente de irregularidades, conoce la prisión. Pelea con señores poderosos que lo persiguen y encarcelan. Cuando regresa de Ceuta, se le atribuye una época tempestuosa, en la cual por frecuentar lupanares y tabernas sale con fama de pendenciero y espadachín.

Fuése imponiendo lenta pero seguramente el poeta sobre el aventurero. Camoens, alma incorruptible que jamás se rindió al infortunio ni al poder, rechazando "la enemiga sed del oro que a

todos nos arrastra”, acogió con dignidad el auxilio de protectores que después lo abandonaron y la pensión real, modesta por cierto, que le fué asignada en las postrimerías de su azarosa vida.

De sus amores, borrascosos unos, imposibles de consumir otros, se conoce poco. Sólo queda memoria que el gran bardo habría amado a una hija de rey. Otros dicen que su mayor afecto fué por Catalina de Ataíde, dama de la corte. Y finalmente su pasión por Luisa Bárbara, esclava mulata de Mozambique, a la cual parece haber amado apasionadamente. Como recuerda el soneto que empieza: "Aquella cautivo que me tiene cautivo." O el verso aquel que expresa: "Prodújome negrura de amor."

Entraba a un salón y tenía el porte de un gran señor. Peleando parecía un combatiente del tiempo heroico. Amador, rendía a las damas más difíciles.

Y cuando sonetos, canciones, redondillas asomaban a sus labios decíalos con tal gracia y sentimiento, que "la dura inquietud del alma y de la vida" se desvanecía en alas de su estro delicado.

Confluían en su vigoroso espíritu el genio de la acción, el ansia de saber, la aspiración a lo bello y el amor a la buena vida que tan escasamente tocó a sus puertas.

Católico ferviente, nacido en la era de los Descubrimientos, alcanzó a ser un Caballero de Cristo y el inspirado vate que cantó la gesta de los navegantes y descubridores lusitanos. Sus odas, octavas, elegías y églogas transparentan señorío expresivo, nobleza en la ideación, tendencia al fausto: y las imágenes brotaban de su mente como relámpagos y era ella misma el peñón en que se amotinaban y quebraban.

Un renacentista, dirán los críticos por su fuerza vital y sus apetitos sensuales. Un cruzado medieval, responderán los subjetivistas por las dimensiones de su espacio interior y su beligerancia por la religión.

Cosa infrecuente, fué alma diurna y nocturna a la vez. Vive intensamente, desordenadamente, pero lucha también por la comunidad cristiana, se consagra a narrar las grandezas del Portugal. Si a la vida le pide mucho, a la nostalgia le entrega todo. Por fuera el torbellino, en el mundo ideal un severo constructor de grandes formas arquitectónicas. Distinto, variable, inasible en la multiplicidad de sus modos individuales, es el hombre plural, poliédrico que analizará Goethe. Varios en uno y esencialmente el genio dicotómico que bascula entre la proeza cristiana y los júbilos paganos. Hombre de su época siempre agitado y ansioso, su alma inmortal hace arco sobre los tiempos.

El gran señor que nunca se rebajó a mendicante. Altivo, corajudo, fantaseador, incapaz de disciplina. Orgullosa y sencillo a un tiempo. Persecutor de la gloria, desdeñoso de la previsión, jugador con los naipes del vivir, eligió la existencia tormentosa al tranquilo fluir de los días estables.

Mitólogo y realista a la par, Camoens ve al hombre y a la hazaña humana en toda su miseria y servidumbre, pero la reviste de ropajes fantásticos y la entrelaza con admirables imaginaciones, al punto que no se distingue donde acaba la verdad y donde comienza lo ilusorio.

Mago de la novedad le llama un investigador, porque siempre anduvo en persecución de lo raro y de lo exótico.

Esta vida intensa y zarandeada, este vuelo prodigioso del intelecto ahído de grandezas, lo califican como un precursor del mundo moderno.

Se acerca a Cellini en el vigor vital y en la plasticidad del cincelado. Emula con los estros del Tasso y del Ariosto. Y si se apura el juego de los paralelismos estéticos, bien podría afirmarse que por la vastedad de sus construcciones idiomáticas, por el vuelo osado de su inspiración épica, y por la opulenta y riquísima ornamentación de su lírica, evoca la orquesta Haendeliana, toda ella montada sobre las líneas múltiples de la suntuosidad barroca. Pero Haendel fué el genio feliz que se expreso siempre con lengua armoniosa, pletórica de júbilos, en tanto Camoens, como

Beethoven, convierte el dolor en alegría y de los zumos más agrios de la experiencia destila el licor finísimo de la pura idealidad.

El sentido de la nostalgia y de la melancolía que llevó al portugués a inventar la palabra “saudade”, hace decir al gran poeta lusitano: ¡¡Oh! ¡Quién me volviera en medio de las flores de mi juventud!” En el esplendor de su talento musita: “La victoria consiste en ejercer una recta y entera justicia”. Y a la hora crepuscular define: “Los disgustos me arrastran insensiblemente hasta el río del negro olvido y del eterno sueño.” Decepcionado del mundo expresaré: “¡Oh gloria de mandar! Oh vana codicia de aquesta vanidad llamada fama.” Pero luego el noble ardor de su espíritu hazañoso renace en los versos inmortales: “Ningún hecho posible arredra a un corazón sublime y verdaderamente regio.”

Alma excesiva, basculando entre peligros y aventuras, cortesano o navegante, guerrero, náufrago o funcionario, Camoens no es el mimado de la fortuna sino a la inversa: el héroe al que cien veces se le escamotea los frutos de la victoria que sólo conocerá más allá del sepulcro.

Es prodigioso — refiere Prampolini — que un hombre de vida tan angustiada hubiera dado a su patria y al mundo, una obra de aliento tan poderoso, de firmeza tan homogénea y armoniosa.

Luís Vaz de Camoens, aun descontada la arquitectura gótica de LOS LUSIADAS, es el hombre singular del Renacimiento en su máxima expresión de vitalidad y poderío. Señor de sí mismo. Combatiente contra el destino. Forjador de su proeza y su desgracia. Criatura orgullosa y ambiciosa que no abdica de la grandeza de sus sueños, vencedora de la envidia y la calumnia, a quien miseria y soledad, ingratitud y desilusiones no impedirán que regale al mundo el lienzo más soberbio de la épica moderna.

El genio lusitano elevado a la categoría de ingenio universal.

II

No hablemos de sus sonetos perfectos y delicados, al modo petrarquiano. De sus amables églogas. De sus canciones conmovedoras. Ni de sus tres comedias LOS ANFITRIONES, EL REY SELEUCO, y PHILODEMO. Son obras menores cuajadas de fina pedrería, pero solamente LOS LUSIADAS dan la apertura al moderno lenguaje poético portugués.

¿De dónde parte Camoens al concebir su poema famoso y hacia qué confines audaces proyecta el vuelo de su fantasía lírica y épica a un tiempo mismo?

El gran portugués tiene alma de cruzado: quiere rescatar para la Cruz lo que se perdía en Europa y en el África. Los infieles (los mahometanos) y la Reforma lo obsesionaban. Creía en la vocación heroica de los lusitanos para las grandes empresas marítimas. Pensaba que el pequeño Portugal, por la expansión nacional y colonial, podía alzarse a la estatura de las potencias que construyen la historia modificando la geografía. Si en territorio y en población los descendientes de Luso se veían aminorados, por el poder de sus brazos y la osadía de su voluntad, debido a la extrema tensión del espíritu varonil, podían dar al mundo un nuevo imperio conquistando reinos.

LOS LUSIADAS, brotada de un fervoroso nacionalismo, acabó convirtiéndose en una epopeya de la humanidad.

Porque no se inscriben en la obra inmortal solamente las hazañas de los reyes, navegantes y descubridores portugueses, sino que a través de los protagonistas y los hechos lusitanos se transparenta la general trayectoria de la prole humana. Así de los héroes portugueses nace el arquetipo universal. Y la historia fulgurante de Vasco da Gama y sus denodados compañeros es — contada una vez más en lenguaje soberbio e inspirado — la epopeya de la humanidad siempre en tensión de lucha y de expansión.

El gran poema épico lusitano consta de diez cantos y 1102 octavas.

Quien ignora el idioma portugués no podrá disfrutar las excelencias constructivas ni los primores de forma del poema. Su destreza lingüística, su opulencia verbal, con mayor razón la

musicalidad del verso y la belleza de tropas e imágenes pierden frescura, ritmo y cadencia en la traducción. Sin embargo a pesar de la transposición fonética que desnaturaliza y distorsiona en cierta manera la melodía original del compositor, el gran poema barroco, aun vertido en vasos extraños resuena grandioso y multilocuente.

¿Es, solamente, un canto al descubrimiento de la ruta marítima hacia las Indias por Vasco da Gama?

Excede a LA JERUSALEN LIBERTADA en la suntuosidad y el cromatismo paganos. Es, aunque parezca extraño, una epopeya cristiana y un canto pánico donde el ideal religioso se entremezcla con las ardientes bélicas y los rasgos placenteros del buen vivir. ¡Y qué licencia gigantesca se toma el bardo portugués, al combinar el realismo narrativo con la fábula mitológica, bajando dioses del Olimpo a la tierra y subiendo a los héroes a los divinos parques donde Tetis, la deidad, se entregará sumisa y amorosa al navegante extraordinario! Camoens no describe cielo e infierno como el Dante, pero hace surgir islas miríficas del seno del mar para juntar a las diosas con los paladines lusitanos.

Un alma cristiana en una sensibilidad pagana canta las proezas del Gran Almirante, relata las hazañas de los Reyes y los Grandes del Portugal. Es, en cierto modo, un gran espejo que devuelve las imágenes del esplendor lusitano desde sus orígenes hasta el Renacimiento.

Verdad que la crítica moderna y el gusto vigente rechazan ese retorno a Homero y a Virgilio, esa mezcla de realismo histórico y juegos mitológicos. Pero el genio poético hace arco sobre los tiempos, crea, deshace, rehace, confunde y su varilla mágica trabaja más allá de límites y reglas. La ensambladura increíble de los personajes míticos con los seres reales confiere al poema un aire de hibridismo superior. Disonancias y anacronismo desaparecen al imperio de un lenguaje vehemente y apasionado que otorga toques reales a la fantasía y dibuja con perfiles verídicos lo imaginario.

Camoens busca la verdad y lo exacto, pero también persigue lo pintoresco y lo exótico. Su experiencia directa de la vida, del combate y del mar, le permite expresar con grandeza y propiedad la epopeya marina que acompaña a la epopeya de los hombres. Nadie, como su estro, exaltó los reinos de Neptuno ni describió con mayor vivacidad las cóleras y transformaciones de la líquida llanura. También el mar, como el mundo, le hizo pagar caro su genialidad poética. Náufrago más de una vez, frente a las costas de Cambodgia pudo salvarse a nado llevando en un puño el manuscrito de su inmortal poema. "Pero como ningún bien se alcanza sin tropezar con mil obstáculos" dirá el poeta refiriéndose a sus luchas con el agua y sobre tierra; y al cabo, el mar, vencido por el tenaz adorador le dará su grandiosidad y majestad que circulan libremente por las páginas

Saliendo de otra experiencia inolvidable, el navegante estampa la confesión absorta: "¡Oh caso nunca visto y milagroso: que tiemble y hierva el mar estando en calma!"

LOS LUSIADAS, es decir los lusitanos. O los portugueses. Este niño que no conoció a su madre, este joven poco vinculado al progenitor, se entrega, íntegro, a su patria y a la poesía. Glorioso perseguido — lo llama Voltaire. Para otros es el Caballero del Resurgimiento Lusitano. Y sus compatriotas, reconocidos, toman el día de su muerte, el 10 de junio, como la Fiesta de la Raza. Así por la fuerza, variedad y universalidad de su talento, el glorioso tuerto de Ceuta se convierte en el cantor de la aventura marítima mundial, y del alma fáustica del varón moderno que presintió con genial intuición desde los albores del Renacimiento.

Los episodios amorosos y galantes revelan al poeta lírico y al cortesano. Épico, atrevido si narra un combate, Camoens se torna tierno y nostálgico si evoca a Catalina de Athaide, si piensa en la hermosa Bárbara, si sus versos musicalizan sobre el amor y las cuitas de amar. ¿No mira a Vesta, "de majestuoso continente, apacible rostro, y tan bella que el mar se aquieta asombrado en su presencia?" Por sus estrofas circulan la tristeza que acompaña a los grandes, la sabiduría y pesadumbre del que ha visto mucho, la incurable melancolía de la "saudade" lusitana. Y es que el Portugal, enraizado a su tierra nativa, mas padeciendo siempre el llamado del mar y de las lejanías soñadas, está todo él vivo, palpitando, en el relato armonioso que identifica al pueblo navegante con su cantor inmortal.

Es la última de las grandes epopeyas nacionales. Después de LOS LUSIADAS pueblo alguno fué elevado a la dignidad de creación mayor por arte de sus ingenios.

Todo el pasado de gloria del Portugal, en una extraña mezcla de clasicismo y exotismo, que se manifiesta por el estilo trágico y la fastuosidad verbal, con acentos elevados que revelan la nobleza de la Musa que inspira la obra.

“Es el mayor poema heroico moderno y de todos los tiempos — aventura Crose. Y Schlegel, más prudente, expresa: “Este poema, ideado bajo el cielo de la India y lleno de esplendor meridional, exhala un vivo y embriagador perfume.”

Imaginemos cómo hirió la imaginación de los europeos del siglo XVI que por primera vez oían hablar de Ceuta, Goa, las Molucas, Macao, Mozambique y al Cabo de Buena Esperanza. La aparición de lugares, productos, gentes y costumbres desconocidos. La apertura a nuevos mundos geográficos y humanos. Los parajes reales y las comarcas ideales que el vate describe. El gigante Adamastor petrificándose en el Cabo de las Tormentas Vasco da Gama uniéndose a la diosa Tetis. Y en medio a batallas, tempestades, el mar proceloso y la tierra adusta, traiciones, perfidias, peligros y riesgos sin fin, el genio lusitano abriéndose paso en regiones incógnitas y a través de pueblos hostiles. El arribo de los navegantes a Mozambique o a Calicut es materia de exaltación y regocijo. Venus y Baco, deidades mayores, encarnarán los destinos de Occidente y de Oriente.

Hoy el racionalismo crítico, el espíritu de justicia no aceptan la discriminación entre pueblos. Ya no existen los "infielos" de la época renacentista, ni turcos o mahometanos amenazan a Europa. Pero los denuetos líricos contra bárbaros y paganos y los artificios poéticos, propios de aquel tiempo, se olvidan fácilmente en el caudal torrentoso de aguas puras y encrespadas que vierte el poema sobre las almas sensibles.

Camoens no tiene rival como descriptor de la naturaleza. Es un paisajista maravilloso. Su maestría descriptiva corre pareja con la destreza para capturar personajes y caracteres. Si el mar le incendia la inspiración, bosques y playas, islas y arboledas excitan su estro suntuoso y colorístico. Su arte excelso de pintor barroco, con toques manieristas indisimulables es una "summa" de ciencia constructiva y formas estilísticas. Hechicero para evocar visiones y adjudicar epítetos, es mago también en la administración de contornos y matices. Mira a la naturaleza y a los hombres, su eterna pugna, con ojo centelleante al que nada escapa porque su mirar circundante lo abarca e ilumina todo.

El paisaje natural mudable y desbordante, la temible movilidad marina, las acciones delirantes de los hombres, su propio orgulloso corazón de guerrero y navegante, no impiden al poeta volver a la piedad religiosa. He aquí dos gemas de la pedrería camoensista que despiden fulgores azules. Una enseña: “Los pechos nobles albergan ánimo y pureza.” Y la otra: “No siéndole propicio el Cielo, de nada sirven al hombre valor, astucia o prudencia.”

Si por la grandeza de su concepción arquitectónica, por el delirio de sus líneas en fuga misteriosamente concertadas para una aproximación final, LOS LUSIADAS es una de las catedrales góticas de la poesía épica, por su tono intimista, por la finura de los pasajes bucólicos, en el discurso amoroso, en la evocación nostálgica de la dicha pasada, en los toques magistrales de ternura y delicadeza espiritual el gran poema portugués evoca las delicias de la música de cámara: Carlos Seixas o Joao de Sousa Carvalho no alcanzaron mayor variedad de timbres melódicos ni tan rica musicalidad en la expresión de sentimientos por sonidos.

En esta era de exploraciones especiales y cohetes interplanetarios, Camoens, astronauta del espíritu, mantiene con su poema inmortal, vigencia de descubridor de mundos inéditos.

Porque el mensaje trascendente de LOS LUSIADAS es éste: se trata de la maravilla y el misterio de un nuevo lenguaje del alma.

III

"Hallé en los lusitanos osadía, caballerosidad y relevantes cualidades" — refiere el poeta en uno de sus cantos.

Este juicio bien podría revertírsele. Nadie más valeroso, hidalgo, magnánimo en el pensar y en el obrar.

¡Cómo habríamos querido conocer al Caballero de las Desdichas, de capa agujereada, espada mellada, rostro altivo, despreciador de honras y dinero, que para su conciencia se deben al acaso y no a la áspera y recta virtud!

En el tremendo siglo XVI, cuando el mundo se reconoce en su otra mitad incógnita, o en éste siglo XX, cuando el hombre intenta expandirse hacia los astros, Luís Vaz de Camoens aparece y reaparece genial infortunado en su vida dramática, poderoso creador de belleza. Luminar solitario. Sólo otro ibero inmenso se le aproxima, también desdichado, asimismo Emperador de la literatura: Cervantes, el manco de Lepanto.

No sabemos qué admirar más: la recia hombría del varón que jamás se doblega ante los golpes de la adversidad, o la nobleza conquie el supremo alquimista transmuta dolores y quebrantos en raptos armoniosos de intuición comprensiva y de elaboración inteligente.

A estar a cuanto dijeron biógrafos y críticos, Camoens fué alma de muchos registros. Sensual y espiritual. Platónico y realista a la vez. No padece los apremios teológicos de Milton ni el sombrío pesimismo de Leopardi. No es el humanista olímpico al modo goethiano, ni el bardo luciferino a la manera de Byron. Por su gran calidad humana, por sus penas y sufrimientos, porque soportó las miserias y humillaciones del mundo con dignidad, sin renegar de la criatura terrestre, está más cerca del combatiente que aun sabiendo que perderá su batalla lucha valerosamente hasta el fin. O del asceta que acepta los rigores de un transcurrir exento de deleites, para expiar su anterior sed de placeres.

Que el bardo lusitano subordinó lo tangible a lo trascendental, como sostiene un pensador, verdad a medias. Porque para él no teólogo, no filósofo ni alma de metafísicas difíciles, la trascendencia está en el mundo, en la naturaleza viva, en el decir y el hacer de las gentes que con sus acciones heroicas subliman y dan sentido a la proeza humana.

Así el gran poeta barroco se convierte en el intérprete del siglo hazañoso, que dió a la aventura del hombre cima y perfección.

Camoens no fue el conquistador que avasalla y depreda, sino el colonizador que asimila y a su vez se deja absorber por suelo y raza descubiertos. Mozambique es Portugal en cierto modo, pero también Lusitania tomará muchas cosas del africano. Su bardo más insigne termina el poema inmortal en las costas bañadas por el Índice, donde el sol es de fuego, los aires perfumados y la carnación fluctúa entre el ébano y la canela. La hermosa Bárbara, con su piel sedosa y sus ojos rasgados, mecerá sus sueños intranquilos devolviéndole la fe en la bondad del ser por los seres. De esas horas plácidas, maduras la conciencia por la sabiduría y la experiencia, brota la sentencia famosa que se hubieran disputado socialistas y demócratas: "Dictad en la paz leyes fijas que a todos alcancen. Todos tendréis más y nadie menos."

Necesidad y soledad acosan al genio, al varón voluntarioso que quiere deberlo todo a sí mismo.

Camoens regresa a Lisboa, pobre, enfermo, cargado de desilusiones, poseído por el sentido trágico de la existencia.

Y es hondamente simbólico que muriese un año antes que Felipe II anexara Portugal a España. Presintió la caída política de su patria, para la historia momentánea, para el gran vate de

efecto catastrófico. Y entonces brotan de los labios cansados las palabras sibilinas: "Deseo morir no solamente en mi patria, sino con ella.

La fama y la belleza florecen entre espinas. La rosa efímera trasunta la fragilidad del tránsito del hombre, la imagen fugitiva de las creaciones ideales del artista. Como sus pétalos que caen prestamente, se deshojan volanderos sueños y quehaceres del esforzado. Así el viejo conocedor del mundo, el combatiente contra el destino, el alto inventor de imágenes destilan su sabiduría crepuscular: "Permanente va el temor siguiendo las huellas de la esperanza, que vive siempre inquieta y anhelante."

No todos conocen el famoso Convento de los Jerónimos lisboeta, ni todos leyeron el poema inmortal de Camoens. Esos ignoran la magnificencia del genio lusitano que en plegarias de piedra y en cánticos de gloria enalteció la proeza de reyes, navegantes y descubridores.

En 1499, terminado el magno y memorable viaje marítimo que dió a Portugal el cetro de la exploración del mundo, Vasco da Gama, ya Gran Almirante, inició en señal de reconocimiento al Señor que había protegido su tremenda empresa, la construcción del Convento y Templo Gótico de los Jerónimos, fábrica humana que por su imponencia y perfección más parece brotada del toque divino.

Casi tres cuartos de siglos después, en 1572, Luís Vaz de Camoens publica LOS LUSIADAS, grandioso poema épico que al narrar las aventuras y peripecias del insigne navegante, toma a Vasco da Gama como el hilo de oro que lo conduce por la malla intrincada de la epopeya lusitana.

El fervor religioso y el orgullo nacional pocas veces encendieron luminares de tan potente lumbre y fuerza de atracción espiritual.

En esta época de inventos portentosos y frías conquistas técnicas, es saludable y es noble evocar al poeta que remontándose desde su amado Portugal vuela hacia las estrellas en un viaje sin término y sin pausa.

Águila Blanca de la Proeza Lusitana lo vemos nosotros en este cuarto centenario que Portugal, Brasil, Mozambique y el mundo entero celebrarse con simultánea unción.

Y las generaciones que vendrán, cuando quieran saber cómo la fé cristiana, la fuerte voluntad y el alma intrépida de los hombres con pequeños recursos y modestas armas conquistaban nuevos mundos, volverán siempre a las páginas sublimes de LOS LUSIADAS, para escuchar la música sagrada de las venturas y desventuras de la progenie humana, que en los hexámetros de Homero o en las estrofas de Camoens enseña — para siempre— que los poetas son los guías centelleantes de la humanidad.

UNA ESCULTURA HELENISTICA

Pocas son las esculturas griegas que se mantuvieron intactas a través de los siglos. Mutiladas y reconstituídas, pueblan los museos. Son raras las que conservan su integridad anatómica y aunque el mármol haya perdido su esplendor original, irradian, todavía, la mágica perfección de la forma clásica.

Nada hay en este grupo escultórico que recuerde la grandiosidad, el ímpetu sublime, la serena majestad de las estatuas de Fidias. Ni tampoco la tensión dramática y patética de las figuras de Scopas, el impetuoso, maestro de la expresividad fisiognómica. Ese genio enérgico, apasionado, que hizo gritar al mármol y violentó las formas expresivas.

Si aplicamos la dicotomía nietzscheana recogida por Spengler, no es en el genio dionisiaco de Scopas, sino en la escuela apolínea de Praxíteles, donde debemos buscar los orígenes de este grupo helenístico que si no de un discípulo del maestro ateniense, al menos parece brotar de un talento epigonal cautivado por la nobleza quieta de su estilo.

¿Por qué obra de tan rara y exquisita perfección no figura en los textos de historia del arte ni en ninguna obra sobre la escultura griega?

En el Museo Nacional Arqueológico de Atenas, el grupo figura como "Venus, Eros y Pan". (Extraño que en un museo helénico Afrodita figure como Venus, cuando para la mitología y para la historia del arte ésta es sólo sucedánea de aquella). Pero lo cierto es que ésta diosa mitológica del museo ateniense resiste comparación victoriosa con cualesquiera de las deidades que el mármol inmortalizó: llámense Venus de Milo, Afrodita de Cirene, Venus Capitolina, Afrodita Anadiomena, Venus Citerea, Afrodita de Médici o Venus de Cnido. Porque ellas y otras similares, tienen más de diosas que de arquetipos femeninos. Son imponentes. Abruman. Las alejan la estatura desmedida y los rasgos majestuosos.

La Afrodita del grupo al cual aludimos es una estatua a la medida humana, tal vez algo menor, humanizada por la proporción de sus líneas, por la actitud reposada, y por la serena expresión del rostro. Invita a ser contemplada. Comunica. Finge provenir de la escultura pintoresca que inició Praxíteles "el colorista". O del manierismo helenístico que exagera las proporciones. Si un crítico ortodoxo afirmase que debería encuadrarse dentro del estilo realista y brillante de la escuela jónica, un aficionado respondería que es un brote de la estatuaria tardía, cuando despojada de la grandeza, del misterio y de la tensión sobrehumana del período clásico, la escultura como se aquieta y se afina en un naturalismo armonioso más próximo al hombre que a la deidad.

No podemos elevarnos al Zeus, a la Atenea, a los Centauros y Amazonas del Partenón. Acaso no captamos ya el estallido de las pasiones en las figuras bravías y vibrantes de Scopas y Lisipo. Pero este fruto otoñal del estilo praxiteliano llega dócilmente al espectador moderno. Su lenguaje plástico es accesible.

Afrodita, Eros y Pan. La belleza, el amor, la naturaleza. Los tres velos que cubren el eterno enigma de la vida.

Es un grupo escultórico sencillo, armoniosamente articulado en el movimiento de sus tres figuras, que rompe la verticalidad del conjunto. **Pan** — sátiro y fauno a un tiempo — se apoya en un tronco. **Eros**, el gracioso angelillo, en actitud de vuelo, descansa con la mano izquierda en un cuerno del dios mitológico y con una piernecita en el hombro de la **dea**. (La única falla del grupo es que a Eros le falta el antebrazo derecho). Pero la figura más seductora y convincente es la de Afrodita, que descansa en un pie y se sostiene en una pierna de Pan y en el brazo derecho del mismo. Esa triple apoyatura le permite curvarse ligeramente a la derecha, en posición descansada. La pierna izquierda de la diosa, en flexión, acentúa el ritmo sosegado de la estatua. Es notable el contraste entre el cuerpo musculoso y nervudo de Pan y la fea testa caprina, con la figura plena, de contornos delicados de Afrodita.

La diosa no está enojada. En su tranquilo abandono amenaza a Pan con la sandalia que se quitó del pie izquierdo, mas en la suelta posición del cuerpo y en la expresión facial no se advierte furia ni temor. Un sentimiento juguetón y burlesco preside su actitud, que se diría más presta al amor que al enérgico rechazo. Y ahí está, arriba, el dioscecillo, esta vez sin flechas ni carcaj, como anticipando la aproximación de los contendores. Pan resuelto y firme, reclamando su derecho: la belleza debe ser poseída. Afrodita altiva y segura de su poder: ¡tómame si eres capaz!

Hablamos de manierismo y es así. Se alteró la proporción entre la rodilla y la cintura, exagerándola en forma que recuerda los alargamientos del Parmigianino. Los senos desbordan del torso. Uno de los brazos parece de joven y el otro de mujer. Pan se ve pequeño al lado de la deidad, aunque toda su figura respira fuerza y voluntad de dominio. No obstante las deliberadas alteraciones anatómicas, la figura de Afrodita encarna el ideal de la belleza femenina griega. Luce en su radiante desnudez. En intacta pureza de formas. Con una mano amenaza castigar al fauno; con la otra "oculta furtivamente su pudor".

Verdad que el grupo y particularmente las piernas de la diosa ofrecen una tonalidad ocre que no se sabe si es debida a las coloraciones esfumadas que amaron Praxíteles y otros escultores helénicos que pintaban sus estatuas, o es sólo consecuencia del largo sueño dormido

bajo tierra. Pero en la parte superior de Afrodita, en el pecho y en el rostro, el mármol, como expresa Luciano, parece ablandarse para expresar mejor la delicadeza carnal.

La serenidad plástica praxiteliana vence sobre la tempestad de las formas de Scopas. Apesar de su fuerza interna de persuasión, este grupo escultórico no es trágico ni dramático; más bien idílico y poético. Y por la morbidez de luces y sombras en el modelado, evoca la misteriosa esfumatura del creador del "Sátiro en Reposo".

La gracia del movimiento, la dócil presencia de las tres figuras, la finura expresiva de los sentimientos, el delicado dibujo de la cabeza de la diosa, el vuelo risueño de Eros, todo indica si no a un discípulo de Praxíteles, al menos al escultor helenístico que se inspiró en el postrer movimiento estilístico de la estatuaria griega.

Este grupo no puede atribuirse a Scopas — como intentó un crítico desafortunado — porque carece del escorzo violento, del ritmo dramático y dinámico, de la agitación de las figuras, de ese "pathos" vibrante y conmovido que en el hombre de Paros concede almas bravías a sus mármoles.

Por su elegancia y naturalidad, por la apariencia tranquila y magnánima de los personajes, por la sosegada dignidad de Afrodita, figura solar del grupo, esta escultura fluye de la escuela praxiteliana, aquella que rehuyendo la "hybris" de los trágicos", prefirió refugiarse en la remansada "sofrosyne" de poetas y filósofos.

Recatada y sensual a la vez, brindando el doble encanto de un cuerpo venusino y de la cara hermosísima que expresa burla o desdén, esta figura de Afrodita posee magnética atracción. La cabeza magnífica es un poema de belleza, de profunda espiritualidad.

En la oposición — o concertamiento — de las tres figuras: Afrodita, Eros y Pan hay un simbolismo emboscado que no se advierte a primera vista. Probablemente el desconocido autor del grupo, fue, a más de escultor, mitólogo y filósofo. Quiso expresar o dar idea de los arcanos de la pugna viva, idealizando en imágenes arquetípicas las corrientes enigmáticas del ser y del existir.

Yo diría que ésta es una escultura musical. Sus ritmos melódicos trascienden el concierto de las formas. Es un canto a la belleza sobre el fondo tenue del sentimiento que lo expresa todo.

La diosa descendida a mujer, o la mujer elevada a diosa, dicen por el radiante esplendor del mármol, que Afrodita es la suprema creación de los helenos para regocijo de los hombres.

[SANDOR PETÖFI HUNGARO DEL MUNDO](#)

Un meteoro vertiginoso deja su rastro de luz en la poesía universal. Sándor Petöfi, héroe y soñador. Nace en Kisköros, Hungría, en 1823. Se extingue en 1849, luchando por la libertad. Son pocos 26 años para su trayectoria terrena de poeta y luchador, pero bastan para consagrarlo como símbolo del patriotismo. Ni político, ni demagogo, ni agitador de masas. Simplemente el revolucionario que nada pide para sí, porque no ambiciona el poder, sino la misión superior de servir a la buena causa de los pueblos. Su vida y su obra entrelazan armoniosas: amor y lucha son los polos de su quehacer y de su poesía. Apóstol de la justicia, combate a los déspotas y ama a los humildes. Sueña y busca perecer por la Libertad. Realiza su ideal a costa de su vida. Su estro épico y viril, lírico y romántico a la vez sigue conmoviendo corazones. El gran poeta húngaro no pertenece sólo a su patria y a su continente. Es un vate del mundo.

Es en Hungría que cruza el Danubio como una serpiente de plata. Allí donde las rapsodias de Lizst, la música disonante de Bartok, y la vibración tumultuosa de los violines tziganos agitan las almas. La agricultura cooperativa y la industria creciente, hacen olvidar los tiempos de sometimiento al turco y al austriaco. (¿Y la opresión rusa? De eso no se puede hablar en Hungría pero sí en nuestra libre América donde aun resuenan los ecos desgarradores del alzamiento de 1956 de los mayores en pos de libertad). En la patria valerosa que cantaron Kísfaludy, Arany, Petöfi, y que describen Jokai, Monlar, Herczeg, Kobor, Zilahy. En el pequeño-gran país indómito que posee una de las capitales más hermosas del mundo: Budapest. Allí donde el misterio asiático

y el genio occidental se encontraron para generar una raza de hombres viriles, apasionados, y de mujeres bellas y sensibles.

Es en Hungría donde nació Sándor Petöfi.

Pobre, bondadoso, proviene de familia rural, pero la vida lo convierte en inconforme y luchador. El yugo imperial, desde Viena, tenía ofendidos a los húngaros. Atacar a la monarquía y a la nobleza era un riesgo que pocos afrontaban. Apenas salido de la adolescencia, Petöfi surgido del pueblo, que ama al aldeano, al obrero, al hombre sencillo, se inicia como escritor expresando el medio y la mentalidad populares. Pero si es un bardo nacionalista en sus cantos patrióticos y guerreros, despunta también con singular acierto en sus versos el poeta lírico y sentimental. Conjuga el deber cívico con la efusión afectiva. Sacude a los hombres, conmueve a las mujeres. Saliendo de múltiples amores, halla el definitivo en Julia Szedrey, primero su amada, luego su esposa, a la cual consagra sus más bellas poesías.

En 1848, cuando todo parecía sonreírle, siendo ya un vate de proyección transnacional, estalla la revolución contra el Imperio: Hungría quiere ser libre, vivir independiente. Petöfi, entonces, fiel a su prédica revolucionaria, abandona a su mujer y a su tierno hijo, para incorporarse como capitán a las huestes de la libertad. Combate con valor. Pero sus críticas valientes a los altos jefes húngaros, lo obligan a dimitir. Prosigue como civil su lucha por la emancipación magyar. Poco después vuelve al ejército como comandante y en Segésvar, en la Transilvania, muere atravesado por un lancero de Nassau, ¡Cuán corta y noble vida! Para la juventud, símbolo de coraje. Para la madurez, lección permanente de grandeza moral.

Ignoró la política y la economía. No lo tentaron el poder ni los goces del mundo. Su estética trascendía las dichas del corazón y al bienestar de los hombres. Era el vate, en la extensión profunda del término: el amigo del pueblo, fustigador de todo exceso, defensor de los nobles ideales humanos.

Sostiene Carducci que Petöfi fue el poeta verdadero: “en su poesía está todo el sol de la “puszta” salvaje, el estremecimiento del caballo húngaro, el fuego ardiente del vino magyar, la espléndida belleza de las mujeres de su patria.”

Pero es más, mucho más. Sus poemas recorren toda la gama creativa: narrativos, épicos, descriptivos, líricos, populares, guerreros, costumbristas, subjetivos, satíricos, dramáticos. Su acercamiento al pueblo del que toma fuerza e inspiración, hace que se le compare con Gogol. Extraña mezcla de jefe de hombres y de soñador. Tierno y viril a un tiempo mismo. Solitario, aristocrático en la forma; directo y rudo en el imprecisar. Su poesía nace de la tierra y apunta a las estrellas. Se dispara más allá del ámbito húngaro y alcanza por su vena emotiva, la belleza de las imágenes y su profundo sentido de humanidad, a todas las mentes del planeta.

Petöfi está integro, irreductible, victorioso en su padecer de artista. Leyendo sus poemas se capta la imagen veraz del hombre y del soñador.

“Septiembre Final”, acaso su más hermosa composición lírica, que tradujimos de la versión francesa, es premonitoria. Julia Szedrey volvió a casarse antes del año de su muerte.

En “Alföld” entrega la revelación de la llanura húngara, que en su vastedad y majestad simboliza, para el poeta, la idea de la libertad. “Mi alma de águila de su prisión se escapa hacia los bellos campos se alejan sin fin.”

“El Apóstol”, amargo relato, cuenta las desventuras del idealista que choca contra el mundo. Un día atenta contra el Rey y es ajusticiado mientras el pueblo vitorea al Rey y olvida a quien quería liberarlo.

“Levántate magyar...” — comienza el famoso Canto Nacional que constituye un credo cívico para los húngaros. Un llamado a la acción. El juramento reiterativo de nunca más se esclavos. (¡Cómo coincide el poeta con la última frase del Himno Nacional de los bolivianos: “morir antes que esclavos vivir!” Bolivia, patria también desventurada como Hungría, mutilada, sin mar, rodeada por vecinos codiciosos). Dice el poeta. “Húngaros, este nombre será bello de nuevo, lavaremos su honra y su renombre.”

En la oda “Un Pensamiento me aflige”, profetiza cómo quiere caer, cómo será su muerte. Es también, una composición premonitoria. Es su filosofía viril del patriotismo. Tema morir en la cama, o consumirse como una llama lívida. Pide perecer por la libertad, de un solo golpe, en el primer puesto de combate, “y que mi corazón sobre el campo de honor en rojas olas entregue la sangre de mi juventud.”

El poema “¿Cómo he de llamarte?” es tierno y delicado. Posee vivacidad de sentimientos, bellas imágenes y un fondo patético que sueña como música de cámara.

Un poema optimista: “Esteban el Loco”. En versos trocaicos libres, el protagonista es un bardo vagabundo que contagia alegría y optimismo a todos salvándose él mismo por su fuerza interior.

En el que intitula “Homero y Ossian”, con agudeza crítica, Petöfi contrapone la belleza apolínea de los hexámetros de Homero, a la nocturna y sombría paleta de los versos de Ossian.

Su canto al “Tisza” alcanza proporciones clásicas por la majestad de la estructura poética y lo emotivo del mensaje lírico. Contemplando el curso plácido y solemne del río, dice: “Oh naturaleza, gloriosa naturaleza! ¿Qué idioma osaría competir contigo? Cuando más callas, tanto mejor hablas.” Luego describe cómo la deidad quieta puede transformarse en fuerza desencadenada y bramadora que lo arrolla todo. Aquí lo descriptivo trasciende a dibujo fantástico. Paisaje y río encarnan, para el poeta, el oscuro enigma de las fuerzas naturales.

“El Veredicto” anuncia el triunfo final del Bien sobre el Mal, la ruina de las tiranías, a pesar de las desdichas de la Historia, ese “largo río de sangre.”

Petöfi no puede ser tachado de sibilino y hermético, como insignes poetas posteriores — Mallarmé el simbolista, Rilke el metafísico, Trakl el desconsolado — que sólo pueden ser leídos y entendidos por poetas. Sencillo, claro, noble y efusivo, el vate húngaro quiere llegar a todos. Su transcripción del mundo, su geografía del alma son de trazo nítido. Es un maestro de verdad y de belleza que alfabetiza sin puntero.

Al publicarse sus primeros poemas, un crítico pronosticó: “andaré por todos los caminos del mundo.” Al perecer a los 26 años otro poeta italiano consignaba: “desapareció un bello dios de Grecia.”

No amó la descripción lineal, estereotípica del paisaje, sino que trasponía los juegos visuales a estados de alma. Subjetivizaba. El “Petöfi” o La Llanura, por ejemplo, es una visión transfigurada de la realidad. Y muchos de sus cuadros de fino patetismo sobre la vida hogareña y la nostalgia del pasado, tienen el brillo cálido y misterioso de esos jardines de ensueño que sólo el poeta divide detrás de los jardines verdaderos.

Un retrato hecho en Francia después de su muerte, por alguien que lo conoció o inspirado en algún daguerrotipo de la época, revela una cara hermosa, arrogante. Aparece absorto, concentrado. En los rasgos enérgicos y en los ojos penetrantes, asoman la nobleza y bravura de su alma. Es, ciertamente, la viril fisonomía del héroe.

El revolucionario que en la epístola a Janos Arany dice: “Muge el huracán, templo las cuerdas de mi lira, y mi canto repite con voz salvaje y ardiente tu himno tonitronante, celeste Libertad”, se convierte en el sereno rapsoda de “El Buen Posadero Viejo”, conmovedor homenaje a su padre. Huracán y céfiro. Mundial y familiar. Su ardor civil no amengua la musical intimidad. Fuerza y delicadeza fueron sus madrinas.

Su estro a veces fresco, ingenuo como el alma de un niño, a veces vibrante, ardoroso como la música tzigana, abarca los dos puntos de sostén del arco creador. Se recoge el fervor del combatiente valeroso, y la finura emotiva del soñador que transforma el dolor del mundo en alegrías poéticas.

En “Juliska me pertenece”, encantador poema a su mujer, el relato es puro, cándido, de suave colorido como una escena brotada del pincel del Beato Angélico. Nunca se expresó con palabras tan sencillas, sentimiento tan hondo y tan tierno. Pero ese mismo aedo delicado, alcanza

en “El Triste Viento de Otoño habla a los Árboles”, la trágica dualidad de su musa. Y es que ella avanza, siempre, por las dos vertientes de la lucha revolucionaria y el amor sentimental. Anuncia “el tiempo del Apocalipsis, el horizonte todo cubierto de sangre, la victoria justiciera que se alzaría para vengar a sus muertos, que los opresores serán sepultador en profundos abismos”, y simultáneamente, entretejiendo la dulzura con la cólera, musita a la Amada, como un “leitmotiv” de ternura: “Sobre mi corazón, duerme, Amada mía, profundamente, calmadamente, más todavía.”

No se puede nombrar al gran poeta húngaro, sin recordar los versos de “El Valiente Juan”, inspirados en cuentos del folklore magyar, que juntan lo real con lo imaginario. Gigantes, hadas, brujas cruzan la vida del aventurero que abandona a su novia Iluska por amor a la guerra. Al regresar ya no la encuentra: ella ha muerto. Coge una rosa de su tumba y reanuda sus viajes y aventuras. Llega al País de las Hadas, arroja al Lago de la Vida su rosa y ésta se transforma en Iluska, con la cual vivirá dichoso en el País de las Hadas.

Sándor Petöfi, poeta y luchador. Símbolo de la ardiente juventud. El que entregó la Vida sin temor a la Muerte, porque el Ideal es más que la existencia.

Esa estrella parpadeante, refulgente, que brilla todavía en el oscuro cielo de los pueblos y los hombres.

Sólo con los acentos graves y profundos de la Tragedia, en prosa o en verso, debería narrarse esta vida y esta obra singulares del Poeta Húngaro que habló para el Tiempo y para el Mundo.

LA PATRIA DEL ESPÍRITU

Ayer para los abuelos, hoy para nosotros, la Galia ancestral es una fuente de verdad y de belleza.

El 14 de julio de 1789 tiene vigencia universal. La moderna filosofía de los Derechos Humanos y la Dignidad Humana, arranca de la fecha memorable. “La Marsellesa” se canta todavía en las manifestaciones públicas sudamericanas. Nuestras leyes se inspiraron en los códigos franceses. Descartes, Montaigne, los enciclopedistas forjas nuestra literatura política y dan cimiento a la floración emancipadora. El Marqués de Mont-Calm lleva las banderas de Francia al septentrión. La Condanime y D’Orbigny recorren y estudian la América Meridional. La Fayette, amigo de Washington, pone el hombro a la gesta norteamericana de 1776. El Congreso, en Paris, financia la libertad de la nueva Nación. Balzac y Chateaubriand hacen vibrar los corazones. Watteau y Monet educan la sensibilidad pictórica. Rameau y Debussy descubren horizontes musicales. Rodin es toda la escultura. Lyautey comprende al África. Pasteur alivia a la humanidad. Pascal ahonda los abismos del pensamiento. Juana de Arco simboliza la inspiración divina en la guerra justa. Corneille y Racine elevan el drama a la dignidad de la perfecta obra de arte. Bergson y Paul Valery llevan el pensamiento a límites desgarradores.

Por dondequiera que vaya la mirada, encuentra una huella, un hito, una lumbrera gala. Francia nos ha dado la claridad, la concisión, el don supremo de la síntesis. Su nombre exalta el espíritu de Libertad y de Justicia. Sus catedrales góticas hablan de Dios y del genio constructor de los hombres. Le Corbusier dicta las normas de la arquitectura funcional. Y en nuestro tiempo: ¿quién no leyó a Romain Rolland, a Cocteau, a Camus, a Sartre, a Ionesco? Su línea lírica no tiene término: Ronsard, Hugo, Mallarmé, Verlaine, Gerard de Nerval, St. John Perse. Y los dos excelsos idealistas: Péguy y Saint-Exupéry. Molière nos deleita, Rabelais es la antítesis del genio francés.

Sólo se puede señalar algunos astros. Imposible describir, en pocas páginas, el cielo constelado del saber y del arte de los galos.

La edad media, el Renacimiento, los tiempos modernos se pueblan de nombres y hechos de procedencia francesa. Y es que esa Patria del Espíritu asiste a todas las evoluciones del alma universal.

Verdad que nuestra herencia mayor viene de la Madre España todoparidora de sangre, religión, lengua, cultura. Y es mucho también lo que debemos a Italia. Pero el toque mágico de su lengua armoniosa y de su alta calidad humana, lo puso Francia en nuestras venas. El hombre

nuevo de la joven América del Sur, formado de sustancias indias, vigor mestizo e influencias occidentales, lleva la impronta de la sapiencia gala: cuando queremos elevarnos a la distinción de las maneras y a la elegancia del bien decir, pensamos en la nobleza del estilo francés, todo él de culto a las formas, de precisión en el concepto, de belleza en la expresión.

La universalidad del genio galo todo lo transvasa y perfecciona. La mejor biografía de Beethoven se debe a un francés: Herriot. Los mejores intérpretes de los cuartetos del testador de Heiligenstadt son los cuatro arcos del Cuarteto "Capet". Sin París ni Picasso ni Foujita, ni Asturias ni Cortázar habrían alcanzado el esplendor de su fama.

Y de Lutecia ¿qué se puede decir de Lutecia? Mis abuelos soñaban con ella. Mi padre la adoró. Yo la conocí en tiempos de turbulencia, siempre admirable, como flor de creación humana, aunque sacudida ya por vientos demagógicos que hacen vacilar la fe en el equilibrio latino.

Quiero recordar un dístico de mi padre, en un soneto que dice:

"¡París y ante la mágica visión del sol de Francia,
no hay rosa que al recuerdo supere en la fragancia!"

París en lo entrañable, Francia en la arquitectónica mayor de las ideas, siguen seduciendo los sueños y los gustos del alma sudamericana.

Por eso es lícito afirmar que el genio galo sembró y cosechó en el Nuevo Mundo. Está presente, vivo y fecundo en nuestro pensamiento y en nuestros actos. Sigue irradiando luz, inventiva, mutaciones, grandeza y variedad desde el París resplandeciente y desde el vigor y el cálido entusiasmo de las gentes del mediodía. ¡Esos vinos famosos, esas artes culinarias, esas finas vibraciones del buen vestir!

Pierre Loti descubre el exotismo del mundo y la velada melancolía del recuerdo en sus libros de viajes. Baudelaire es el vértice lumíneo y oscuro a la vez de la poesía moderna. Albert Béguin entiende el romanticismo alemán mejor que los mismos alemanes. Paul Claudel y Maritain —o Malraux, el muy discutido— erigen torres de hermosura intelectual para el mundo.

La última gran lección de Francia la dan dos de sus hijos excelsos: Petain, el incomprendido, el que sacrificó todo — fama, honor, vida y reposo — para que la patria no sea destruida; y De Gaulle, el inquebrantable, el gran amador y servidor de su Nación, árbol grandioso que proyecta sombra tan vasta que hace temblar todavía a los envidiosos y falderillos de su gloria.

Francia: esa Patria del Espíritu. Esa claridad que vino del Occidente al Nuevo Mundo. Esa herencia genial de saber y de conducta que se proyecta sobre la humanidad. Esa ciencia alquitarada de una cultura inextinguible. Esas artes finísimas cuyas vibraciones aceleran el latido de todo corazón sensible. Y el buen francés — no precisamente el parisién, acaso demasiado orgulloso de su preeminencia intelectual — sino el hombre del interior de Francia, todo él hecho de vigor físico, de nobleza espiritual, de nervios y de jugos vitales que hablan de una ancestralía invicta. Mujeres bellas y graciosas. Una geografía de inmensa riqueza y variedad. La naturaleza irradiando hermosura en el abanico de los climas. Esa Francia inmortal, que derrama sus perfumes sobre el mundo...

Esa Patria del Espíritu que con España y con Italia constituyen la trinidad armoniosa del prodigio latino.

Escribir sobre Francia y los franceses es un rito de gratitud. Lo cumplo desde mi tierra india, con fervor mestizo, en estilo occidental para honra y gloria del genio galo que de Carlomagno a Napoleón o de Bernardo de Claraval a Schweitzer, el idealista de Lambarené, ha dado al mundo las más altas lecciones de grandeza creadora.

[UNA CONCIENCIA SOCRÁTICA EN EL ANDE](#)

Nunca se adjudicó con mayor justicia el Premio Nacional de Cultura. Roberto Prudencio, paceño eminente, gran boliviano, hombre público, filósofo y educador, escritor sin libros pero autor de ensayos y estudios magistrales es hoy la primera pluma del país.

Hombre fuera de serie, no se parece a ninguno. Desde el fino tipo andaluz hasta el habla enérgica del kolla. Pensamiento y actitud sin dueño. Escritor, desdeña sus trabajos. Pensador, difunde lo clásico y lo nuevo. Filósofo se forma en los grandes maestros antiguos mas su verbo penetrante fustiga males contemporáneos. Político, termina en moralista. Ensayista y crítico es maestro en el análisis. Catedrático, extasía a sus alumnos por su saber y su fuerza de convicción. Padre de familia ejemplar, ciudadano sin tacha, se da lo mismo en la amistad que en la prédica civil: siempre honesto, vertical. Tiene la valentía del luchador solitario. Discípulo de Sócrates, en los años crepusculares se levanta como Thomas Mann: una conciencia insobornable en pos de la verdad, de la justicia, de la libertad.

Roberto Prudencio conserva el entusiasmo juvenil, el ardor explosivo del alma de convicciones firmes, el temperamento enérgico y despierto. Cuando habla quedamos como suspendidos de su palabra, porque cuanto expresa es acertado, es revelador. El "profesor Prudencio" no es un simple título: es la consagración del hombre que dió su inteligencia y su saber a los demás. Es el profesor de sabiduría, en el sentido normativo platónico que pone la vida espiritual creadora por encima de todas las excelencias del vivir. Una conducta honesta, viril; el flujo de un pensar penetrante; la pasión de escribir y defender los propios ideales, ¿no son la brújula del humanista?

Este humanista boliviano, brillante expositor, crece en la polémica y en la discusión. Afirmativo como sus maestros — acaso Sócrates, Goethe, Nietzsche — no supo hacerse perdonar la vastedad de su saber ni el vuelo de su pensamiento. Avasalla. De aquí la leyenda de una supuesta excentricidad. No hay tal. Lo que ocurre es que en Prudencio la personalidad desbordante ofusca, desconcierta, cuando no ciega o despierta la envidia. Este varón siempre erguido, habituado a lanzar la verdad a la cara ajena, tuvo que pagar un precio por el delito de enseñar rectitud. Prototipo del rebelde-superior, alma sin amos ni consignas, yo lo compararía con Vives, con Erasmo, los grandes humanistas del Renacimiento si no lo encontrase más próximo a Jaspers y a Camus por su coraje para enfrentar las ideas en función de responsabilidad humana.

¿Cómo sintetizar en pocas páginas esta vida singular?

En Bolivia el escritor es hombre múltiple: hace de todo. Brilla, deslumbra, litiga, se oscurece, vuelve a surgir con su verdad; pero también tiene que sufrir la mordedura de los mediocres y los resentidos. Prudencio no escapa a la regla: hizo de todo y lo hizo bien, con señorío, con estilo, en lección de ejemplaridad. Parlamentario, causó sensación con sus discursos. Diplomático, brilló en salones y asambleas. Ministro de Estado, organiza la Cartera de Cultura. Orador, interviene en el debate de los grandes problemas nacionales. Crítico, se mide con filósofos, historiadores y ensayistas. Más estadista que político de maniobra, por su independencia de criterio fuése aislando dentro de su propio partido, el MNR, cuyos ideales renovadores compartió, pero cuyos abusos y extravíos fué el primero en denunciar con valor inusitado que le costó una desgracia familiar, irreparable, persecuciones y un exilio de diez años.

Soldado en la Guerra del Chaco, Roberto volvió lleno de ímpetus. Integró un grupo cívico de avanzada. Hizo política. Admiró a Busch, luego lo combatió. Diputado por La Paz, el ciudadano censor no impidió que se acrecentara la tarea del intelectual. Prudencio fué el primero en difundir, con maravilloso poder de síntesis, el pensamiento de Ortega y Gasset, de Keyserling, de Spengler, de Simmel, de Scheler, y de otros pensadores. De sus hermosos ensayos críticos recuerdo uno sobre los versos de Berta Quesada que le sirvieron de pretexto para una genial teoría de poesía metafísica.

En sus mocedades fué paladín del indianismo estético, exaltó los valores mestizos y vernáculos, se adentró en la Colonia, exploró la historia y la sociología en la República. En diarios, revistas, y en su revista "Kollasuyo" publicó numerosos trabajos filosóficos y literarios, perfectos de fondo y forma, que lo consagraron como guía espiritual y artista en la expresión.

Pero "Kollasuyo" merece mención especial. De las publicaciones de cultura, es la mejor que tenemos. ¿Quién no pasó por las páginas de "Kollasuyo"? Es un catálogo selecto de intelectualidad. En ella y durante cuarenta años, Roberto Prudencio exhibió sus dotes de filósofo, de ensayista, de crítico de artes. Revalorizó el pasado, polemizó el presente, presentó valores jóvenes. Entre sus trabajos sobresalientes figuran sus agudos análisis sobre el sentido de La Colonia, la pintura indohispana, el mestizaje como fuerza sociológica, la proyección irradiante del

Kollasuyo, la irreligiosidad del pensamiento moderno, la estilística del arzobispo Moxó, la génesis de las ideas políticas en Bolivia y muchos otros ensayos que la memoria no retuvo.

Este gran paceño fluye con admirable soltura por las dos venas del saber universal de lo entrañablemente boliviano. Baste señalar que ganó la Medalla Goethe por la mejor interpretación de la obra del poeta escrita en Bolivia, y que es autor del estudio más original y rico de sugerencias sobre La Paz y el alma kolla.

¿Y qué decir de Prudencio conferencista? En este campo nadie lo aventaja. Sabe hablar, sabe exponer, sabe ganar al público porque maneja el idioma como un caballero de Castilla y atraviesa el discurso con el fuego de su alma apasionada. Muchas veces lo escuchamos disertar sobre poesía, sobre Baudelaire, sobre Kierkegaard, sobre nuestro problema marítimo, como lo admiramos en su famosa polémica sobre los valores con Guillermo Francovich.

Prudencio catedrático de filosofía y de historia del arte, gana la simpatía de sus alumnos y el respeto de sus colegas: con el profesor Prudencio no se puede jugar. Defiende la dignidad la cátedra el culto a la verdad. Tiene la conciencia el estilo del auténtico maestro. Y cuando los azares del destino lo expulsan a playas extranjeras, ocupa sendas cátedras en las Universidades de Valparaíso y de Chile en las cuales impuso su jerarquía ética y su talento. Recordemos que los chilenos sólo a dos insignes escritores de Bolivia profesaron afecto, respeto y admiración: a Gabriel René Moreno y a Roberto Prudencio.

Otra vez le escuchamos decir cosas tan profundas, tan finas, tan sutiles y originales sobre Edgar Poe que nos pasmaron su análisis crítico, su intuición psicológica del genial septentrional. ¿Y cuándo no asombra el escritor paceño si todo él es pura inteligencia, una mentalidad enérgica y finísima a la vez, que convierte en belleza y novedad todo lo que toca?

Yo lo escuché muchas veces en los Gabinetes del Presidente Barrientos Ortuño, exponer con palabra elegante y persuasiva, graves problemas de Estado: era el estadista con perfecto dominio de las materias que trataba. Más tarde en la Universidad Mayor de San Andrés, lo ví arrebatando al público en su estupenda conferencia sobre el retorno al Mar. Era el patriota zahorí. Es posible que ahora muchos disienten de su tesis, pero esa tarde, fueron tales la fuerza dialéctica de su exposición, la suprema precisión de sus argumentos, que todos salimos compartiendo su planteamiento: Arica para Bolivia.

Roberto Prudencio no es millonario ni hombre rico: vive de su trabajo y sobriamente. No es un caudillo político. No es un ejecutivo de empresa. No es un triunfador en las letras porque vivió despreocupado de la fama. No es Rector de la Universidad, Ministro de Estado, ni Asesor de Presidentes y Estadistas, títulos que le corresponden por derecho de conducta y de saber. Es algo más, algo que muy pocos alcanzaron: es la conciencia de la Patria. Por eso la Patria, al honrarlo en este día de reparación justiciera, se está enalteciendo a sí misma, porque el premio conferido a Roberto Prudencio es el reconocimiento nacional a la inteligencia y a la probidad.

Lo que falta por hacer —y ojalá recojan la iniciativa en este año privilegiado del Sesquicentenario la Presidencia de la República, el Ministro de Educación, la Universidad Mayor de San Andrés y la Alcaldía de La Paz — consiste en reunir, clasificar y editar los ensayos, conferencias y trabajos críticos de Prudencio. Darán varios volúmenes que enriquecerían considerablemente el acervo intelectual del país. Dos tareas urgentes que claman por realización: publicar en 1975 las obras completas de Franz Tamayo y los ensayos de Roberto Prudencio. Esa será la mejor contribución del intelecto paceño a la grandeza espiritual de Bolivia.

El ser humano ¿no es inabarcable? La filosofía ¿no conduce por oscuros laberintos al escepticismo final? El conocimiento intelectual que desgarrar ¿no concluye en sus estadios superiores en apasionada tensión de soledad? Desencanto y melancolía esmaltan las búsquedas del pensador. Prudencio, de regreso en el aprendizaje de la vida, no ha perdido la fe en su patria ni en los hombres, por mucho que la locura contemporánea y el vértigo de los acontecimientos perturben sus meditaciones. En el diálogo amistoso, que es donde mejor brillan su talento inquieto y su aguzada sensibilidad, le hemos escuchado pasar con docilidad del teatro de Ionesco al civilismo de Mendoza de la Tapia, del análisis profundo del universo dostiewskiano a las estructuras móviles que a su juicio deberán fijar, algún día, la verdadera historia de Bolivia.

La sociedad —sostiene Jaspers— es la enemiga implacable de los grandes. Como el solitario de Sils-María, como el hombre de los “Scherzos”, Roberto Prudencio fue muchas veces negado, escarnecido, injuriado. Conoció el aguijón de envidiosos y perversos. Y algo peor: el vacío deliberado que suele formarse en torno a las inteligencias superiores. Este reconocimiento tardío que se le tributa, no compensa los largos años de soledad y de olvido que padeció. Celebremos que a pesar de las adversidades del destino, el hombre se haya sostenido tan digno, tan erguido como el escritor. Sus hijos se enorgullecen por tal padre; y su esposa Eda, gran dama animadora, debe sentirse dichosa por ser su musa y compañera.

Este magnífico escritor paceño, es para mí el valor más alto que dio la Generación del Chaco. Como hombre como amigo todavía más alto. Por él tuve idea de lo que pudieron ser el verbo aristotélico exprimidor de síntesis sistemáticas; y la fantasía delirante de las rebeldías nietzscheanas que soñaba ver detrás de las estrellas.

En nuestra era atómica, convulsionada y frenética; en la feria criolla, siempre tumultuosa, negadora de valores ¿qué cosa más noble que el espectáculo de una vida digna y de un pensar elevado? Socialmente accesible, espiritualmente solitario ¿no es la dicotomía del drama intelectual?

El Prudencio que conocimos en la juventud es ahora, en el tiempo que declina, el varón más sabio de mi generación. Y si se recogen y estampan sus escritos, merecerán el juicio que hace treinta años apliqué a Franz Tamayo: maestro de generaciones. Alma tierna, delicada, tuvo que revestirse con una coraza de fiereza porque sólo lidiando surge el boliviano. Frente al destino adverso se condujo con tal señorío y estoicismo, que me atrevo a colocarlo en la huella de los filósofos griegos, sus maestros.

Queda por tocar un punto: el del escritor sin libros. En efecto, Roberto Prudencio no ha publicado ningún libro. Tampoco Sócrates dejó obras escritas y sin embargo su sombra cubre los pórticos donde transcurrió la filosofía de los helenos. Gran laurel el de los libros, no obstante mayor la majestad del pensamiento que vuela sin ataduras como el viento de las punas, despojado de testimonios tipográficos y vanidades de perduración. El pensador que generosamente exprime las teorías ajenas y con amplitud expone sus propias ideas creadoras, sin esperar recompensa, atendido más al espíritu que a la letra, ese es el verdadero maestro de almas. Aunque duela a muchos necios Prudencio es el primer intelectual de este país.

Quienes conocen de lejos al hombre de letras y al hombre público, ignoran lo mejor de este varón superior: su intimidad espiritual. En una cena, en un encuentro, en un paseo dialogado en cuando el pensador y el soñador (porque también Prudencio lleva un soñador adentro) entregan lo mejor de sí. Se diría el Unamuno andino, ansioso de enseñar y divulgar lo suyo, de orientar a los demás, fluyendo espontáneamente el saber adquirido, acudiendo torrenciales las ideas. Estas son su virtud y su debilidad: sabe demasiado y su dialéctica expositiva es tan aguda, que si no deslumbra confunde a sus oyentes. Claro está que no acontecía al fustigador ibérico, mezquinos y malignos jamás le perdonaron la superioridad de su intelecto.

La música es un arte sublime que conmueve y asombra. Pero el arte de la palabra cosa mayor porque trasciende a la esencia del ser, comunica, provoca ideas contra ideas, alquitara el juicio, y al cabo confiere al hombre la suprema dignidad del pensamiento. Yo diré que quien no escuchó en intimidad a este mago de la palabra, a este profesor de persuasiones, a este artista del matiz y del color fonéticos, ignora lo que Roberto Prudencio, taumaturgo del lenguaje, puede lograr con la sola magia de la conversación. Infelizmente libro alguno podrá recoger esas improvisaciones verbales donde el filósofo se recata para dar paso al encantador de sueños.

Varón de una pieza, tallado en tajo fulminante como la roca andina, este insigne paceño no conoce la media tinta: es o no. Se da o se niega. Amigo o enemigo, jamás contemporizador. Cultiva el valor civil que es más que el valor guerrero. Cuando muchos se sometían a la fuerza y al abuso, él se irguió por la verdad y la justicia. Nunca mendigó favores ni abdicó de sus ideales. Luchador solitario afrontó valerosamente el veredicto de sus compatriotas y el odio de sus émulos. Estamos pues, aquí, para rendir homenaje a un hombre en toda la extensión del vocablo. ¡Cuán pocas veces se dieron juntos hombre digno y escritor famoso! He aquí el ejemplo.

Hermano en el sentimiento desgarrador de la Patria y su destino, en la aventura abismática del intelecto, en las penurias y alegría del servicio a Bolivia, Roberto Prudencio es para mí, como debe serlo para muchos, un patriota de verdad, un señor por su conducta, un humanista de inteligencia creadora como sólo se dan pocos en un siglo.

El don de transmitir saber, la apertura sagaz a los reinos del pensamiento, la capacidad de suscitar en los demás horizontes ideales, y sobre toda excelencia el influjo bien hecho de un alma incorruptible que enaltece la condición humana: ésta son las virtudes singulares del boliviano que ha merecido el Premio Nacional de Cultura.

La lección que se desprende de su vida ejemplar es ésta: antes que la fuerza y la espada están la rectitud y el diálogo. Y el escritor andará siempre al lado de los verdaderos y de los justos, en lidia por los débiles, porque su misión, además de crear belleza, es una solidaridad con el prójimo, de entrega al perfeccionamiento moral, y de lucha y sacrificio cuando así lo exija la dignidad humana. En la distante Rusia Solhienitzin es un ejemplo, en nuestra Bolivia Prudencio una palpable realidad.

Así como Smetana trascendió en música sinfónica las glorias y bellezas de su patria, yo escucho en Roberto Prudencio un poema tonal de vida y pensamiento que enlaza el alma de Bolivia con la patria universal del Espíritu.

PARA ESTADISTAS, POLÍTICOS Y LÍDERES

Es mejor ser honesto que manipulador. Directo que tortuoso. Confiable que voluble.

Odio y rencor envenenan. Tolerancia y simpatía desbrozan el camino. Dividir y sembrar intrigas oscurece el ambiente. Buscar afinidades y entendimiento es el primer motor de la unidad que a su vez genera instituciones y grupos sólidos.

La ambición de servir es más noble y constructiva que la ambición de poder.

Política es, simultáneamente, suprema ciencia y patología de la conducta. El deber o la mugre, según cómo se ejerza. Si se funda en la ética, merece respeto. Si desciende a la maraña demagógica envilece.

Conducir la Nación, un partido, un grupo social no implica sólo mando y ubicación de personas. Entraña, esencialmente responder por ese mando, saber elegir el ciudadano adecuado para el cargo que el corresponda.

Según cómo sean el lenguaje empleado y la línea de conducta, el conductor se perfila civilizado o primitivo.

Teorizar es fácil, gobernar difícil. Parejamente, en la oposición criticar y denostar es lo habitual, proponer nuevos sistemas de acción es lo complejo. Lo que pocas veces se produce.

Un líder, un jefe de hombres, civil o militar, debe enseñar con el propio ejemplo. Se sigue al buen enseñante, no al desorbitado.

Cuando mayores son las crisis, el mejor político se mantiene sereno mesurado. Ecuánime en el razonar, rápido y justo en el obrar.

La magnanimidad acrece al que conduce. El furor lo aminora y desdibuja.

El dinero es la lepra del poder. Fortunas mal habidas, honras sin lumbre.

En política, en deportes, en cualquiera actividad humana, saber perder es más digno que poder ganar. El señorío del que no llegó raya más alto en lo moral que la ufanía del victorioso.

Liderizar es compartir atributos y responsabilidades con aquellos que se guían. El verdadero jefe de hombres infunde amor, confianza y lealtad a sus gentes. Hacerse amar es la primera virtud del auténtico conductor.

La venganza es placer de los mezquinos. El varón superior perdona y olvida. Su mirar se tiende siempre al horizonte.

Derechos humanos y justicia social son dos enunciados nobilísimos que todos esgrimen y pocos aplican con probidad.

No precipitarse ni en las declaraciones ni menos en las actitudes. Prudencia y reflexión, virtudes de quien conduce.

No se rebaje el eminente a vulgar ni el sapiente ha desaforado. Porque cuando los líderes se atorran las masas se asfixian. El pueblo fortalece al conductor, pero el conductor modela al pueblo.

Háblese poco y óbrese mucho. Regla áurea del saber político.

Y que la norma cristiana. La vocación democrática, la cordura del humanista nos recuerden, siempre, que la palabra "Bolivia" está por encima de todos los orgullos y ambiciones personales.

DIOS EN EL NIÑO, DIOS EN EL HOMBRE

¡Dichoso aquel que cree, aunque
no llegue a comprender; porque
del esperanzado y del confiado
será el Reino de los Cielos!

LOS OJOS INOCENTES del niño devuelven la imagen de la inocencia anterior al Pecado. El Cristo amaba a los infantes. Un gesto, una sonrisa, una mirada cándida si brotan de seres tiernos y más aún de la carne amada, rozan el misterio; nos hacen presentir, aunque no podamos explicarlo que existe un reino desconocido más allá de los velos mortales.

Mientras ignora las frutas del árbol del saber, el niño habita en Dios. En cierto modo, casi indescifrable, la inteligencia es la serpiente; enseña desgarrando.

Quema la infancia, destruye toda pureza. Pero en tanto no franquea la línea invisible que separa el mal de la inocencia, el infante pertenece al Señor. Los primeros años transcurren angelados, tienen alas que custodian músicas que sólo recogen oídos puros.

Los pequeñuelos creen en Él. Se acercan porque son buscados. La oración, en sus labios, no es palabreo estéril sino vínculo primordial que enlaza lo divino con lo humano.

Si los padres yerran, si castigan en exceso, si la vida es cruel, los infantes se refugian en Dios. Lo aman, confían en su bondad. Los que no son escuchados, los que se sienten defraudados, dejan de ser niños.

La escenografía mágica del Portal de Belén se ajusta dócilmente a la fabulación maravillosa de la mente infantil. El Niño es todos los niños de la tierra, que a su vez constituyen la sal de la espesa humana. Ternura, ingenuidad ¿no son dos estrellas descendidas al duro suelo?

Dios está en los niños. Lo sentimos aunque no alcancemos a verlo ni a explicarlo. Diamante intacto.

Y muchas veces la mano que se alzó para castigar, con razón o sin ella, queda suspendida en el aire:

¡No lo toques! Es un tierno brote requerido de amparo.

El niño mora en Dios. Respétalo.

Los adultos buscan al Señor en la vastedad del universo sideral, en la infinitud del átomo, olvidando que su morada natural es el alma del hombre. El cosmos, siempre en expansión, la materia siempre en contracción, impiden a los sabios concentrarse en esa pequeña y misteriosa circunstancia de la fe. El mundo actual, como desencantado de amor y revelaciones, solo cree en la fría y cruel certidumbre a la que arriban físicos, matemáticos y químicos, sacerdotes de la religión de la energía y las transmutaciones abstractas de un pensar que báscula entre dos vacíos incolmables.

Frente al "átomo irrisorio" de Jean Rastand, extraviado en un cosmos terrible, inconcebible, prefiero pensar con Teilhard de Chardin que mundo y conciencia crecen y ascienden paralelos; convergen. Cosmogénesis, cristogénesis. El universo puede centrarse en el Cristo, y su figura excelsa, solitaria, es un resumen vivo de la ley universal.

El mundo se realiza en el espíritu; el espíritu ordena y da sentido al mundo. Cosmovisión sintética: el Señor manda admitir la fundente trascendencia de espíritu y materia. Originario y destinado a un mismo tiempo, el hombre es un ser que resume el universo en formulas ingeniosas, pero está sujeto a un Poder Supremo que ensancha y restringe alternativamente sus facultades de análisis, de síntesis, de armar y desarmar esquemas abstractos que pretenden hallar explicaciones últimas al enigma del ser y de la vida.

Todo esto es denso, oscuro, incomprensible como el espectáculo del cielo estrellado, como el lento y misterioso rotar de los astros. Aun teólogos insignes y filósofos creyentes, malesconden la soberbia de un discurrir que se juzga próximo a lo divino. Los santos refieren destellos de su experiencia mística mas no la transmiten ni estamos capacitados para absorberla: oímos solamente. Y cuanto más te adentras en el misterio religioso, menos entiendes, porque esa es la ley: perturbarse padecer, antes de alcanzar remansos de paz en el meditar. El hombre de Hipona conoció esos éxtasis altísimos, pero el hombre de Hipona era más que un hombre que interroga.

Dios... ¿Qué es Dios? No es la música de Bach pero algo que anima la música de Bach. No está en la Guerra ni es la paz, más pueblos y caudillos lo impetran por duro y cruel que transcurra el andar colectivo. Hombre, enfermedades, catástrofes no fluyen de sus manos; pero EL sabe la manera de aliviarlas y en el trance peor levanta el corazón del hombre. No es el esplendor del paisaje, la naturaleza estupenda, la variedad oceánica del mundo y sus maravillas vivas, más sin EL mundo, naturaleza y paisaje carecerían de sentido. "El todo que es y el todo que no es" lo resumía el viejo Séneca, en definición totalizadora que no ha sido superada. Eso que ves no puedes precisarlo. Lo invisible menos. Y al cabo acontece que Dios resulta inaccesible a la comprensión de sus criaturas.

La vieja imagen antropomórfica, paternalista, no sirve ya. Ni la idea del Ser Omnipotente que se pensaba ocupado en guiar la marcha de las hormiguitas humanas ¿Hay alguien que hace y deshace a la medida del entendimiento de cada cual? Hoy el Señor es más un gran sentimiento que una grande idea: búscalos en tu corazón, allí reside. Y en el dolor y en la necesidad de tu prójimo. Caridad, bondad, generosidad; claves para reconocer la presencia augusta aun sin contemplarla.

No es presunción, no es necedad, pero cuanto más se piensa en la Europa lejana y en América que habitamos, se siente que aquí Dios toca más hondo las almas, acaso porque ciencia e inteligencia no turbaron todavía el sentimiento ni la gratitud de sus criaturas.

Da, sirve, sacrifica lo tuyo por lo ajeno, ama cree y espera. Que amor y entusiasmo normen tu conducta. Porque es bello y noble el quehacer humano aunque lo traspasen duda y pesadumbres.

Por vasto y poderoso que aparente el mundo de los hombres, aunque las líneas de su voluntad se tienden hacia los astros y el cosmos físico aparezca como sometido a su dominio, la idea y al sentimiento de Dios siempre mayores, fragantes en el ser pensante porque sin ellos no tendría sentido el tránsito terrestre ni la imaginación alas para volar.

Porque el Señor es, finalmente, esa que te levante, te fortalece, te inquieta y te apacigua en la gozosa certidumbre del encuentro ulterior que dignifica la vida del creyente.

Nada le pidas: no es dador, únicamente. Si te concedió dones de amor, de paz y de confianza, ya te dio mucho.

Una gran sombra blanca nimbada de luz sigue tus pasos. No te vuelvas a mirarla. El Cristo vela por los confiados y por los incrédulos. Es el puente invisible que Dios puso entre su incomprendible majestad y la fragilidad de sus criaturas, para recordarles que existe un camino de salvación. Camino eterno.

El niño cree: no vacila en su Fe. El hombre duda, se desgarrá, a veces se rebela contra el enigma que envuelve su existir.

Y todos, grandes o pequeños, creyentes o negadores, están buscando a Dios, porque aún el incrédulo, al desconocerlo, está afirmando su existencia.

Es la Búsqueda Mayor. Jamás termina.

Pero cuando amanece una sonrisa en la cara de un niño o si su mirar ingenuo nos traspasa de alegría, es cuando más nos aproximamos a la órbita divina.

Porque Dios está más cerca del Niño que del Hombre.

LA META SUPREMA

En una de sus profundas páginas anota Hermann Hesse este concepto que se presta a múltiples reflexiones:

“... alcanzar la suprema meta del hombre: la libertad interior, la pureza, la perfección.”

Palabras escritas treinta años atrás, cuando el mundo no estaba sumido en la ola de odio y de violencias que hoy lo agita, mantienen su vigencia precisamente ahora en que el hombre automatizado y dirigido por prédicas furiosas, parece haber olvidado su origen divino y su destino espiritual.

Propendemos a la pureza, a la perfección, pero solamente la alcanzan los santos y los místicos. La libertad interior, en cambio, que significa serenidad de espíritu, reconciliación con el mundo y con los hombres, puede ganarla cualquiera. No es fácil; el camino que conduce a ella es largo y escabroso, mas es accesible a los esforzados.

La suprema meta del hombre sería, en realidad, alcanzar la libertad interior y proseguir la búsqueda ininterrumpida de la pureza y la perfección.

Verdad que técnica y economía imponen perentoriamente que el político predomine sobre el varón de ideas; pero la descomposición social y la relajación individual fueron tan lejos en nuestra época, que ya no oficia de guía el político sagaz — genial conductor de multitudes — sino el ambicioso de poder, el charlatán, el demagogo, hasta el ignorante, que sólo saben mandar y abusar por ese mando, desprendiéndose de las altas responsabilidades del buen conducir.

¿El “Homo economicus” de Marx o el “homo estheticus” de Hesse? Necesariamente el primero impondrá su ley numérica, su razón temporal, pero el futuro y el ascenso real del hombre pertenecen al segundo.

Si bien como ciudadano nadie puede sustraerse a la marcha general de la comunidad que lo contiene, como ser espiritual cada uno sigue siendo el amo de sí mismo, el señor de su destino. Nacemos libres y debemos defender cada día nuestra libertad, contra todas las presiones y opresiones del planificador político.

Son muchos los obsesionados por las formas y replanteos de la organización social, de la estadística, de los cambios políticos. Dejarlos: no es el único ni el mejor camino. La vida no entrega el tesoro inagotable de sus revelaciones en le humilde yerba, en el contacto humano, en la radiante naturaleza, en el espacio apenas explorado, en el uso y el goce de la inteligencia indagadora. Acaso el antídoto contra el morbo politiqueril que envenena a las gentes, consista justamente en no hacer política. Replegado en su conciencia, sereno y silencioso —activo por dentro — en medio a la baraúnda contemporánea, el varón prudente volverá a influir con palabra y conducta sobre su contorno.

Es tiempo de oprobio y de temor. Los hombres viven acosados por la violencia y la crueldad. Cada cual es el prisionero de su propio miedo. ¿Cómo hablar de libertad — y de libertad interior, la menos accesible — al atemorizado que ve reducirse, día a día, el territorio de su acción?

Parecería que religión, ética, belleza, sabiduría van siendo suplantadas por los dos Moloch de la economía y la política que a su vez conducen al materialismo desenfrenado y al goce inmoderado del poder.

Por fortuna no es así. Porque cuanto mayores son las fuerzas de presión sobre el espíritu, el hombre revierte ansioso al retiro interior que nadie puede invadir. En paz con Dios, en paz consigo mismo, en paz con el mundo y con lo hombres, aun el más desdichado resurgirá de las cenizas.

Es difícil que aquellos que padecieron persecución, injusticia, humillados y ofendido en su dignidad humana, admitan el solo consuelo espiritual para soportar sus desgracias. Es difícil. Pero aun en medio a la general confusión, al desborde pasional que nos rodea, aunque nosotros mismo seamos víctimas del sádico rencor que consume a la sociedad moderna, no debemos olvidar que el sufrimiento es la puerta que nos lleva a una vida mejor.

Podrá destruir tu cuerpo y tu hacienda, mas no tu alma.

¿Y qué es, en último término, el alma, sino esa fuerza interior, esa luz diamantina, libre y sagrada, que desmán alguno procedente del mundo exterior puede desmedrar?

A la subversión psíquica que amenaza enloquecer a los hombres, opón tu serena confianza en los valores del espíritu. Verdad que con ellos solamente no podrías ordenar ni dirigir la sociedad a la cual perteneces; ¿y no será ésta una de las causad-madres de la confusión actual, que todos aspiran a organizar y comandar no para el bien común sin para usufructo y abuso personal?

La severa libertad del antiguo se ha trocado en el desenfrenado libertinaje del moderno. Todo está permitido a todos. Se mata, se roba, se violan las leyes morales y jurídicas, se odia, se persigue, se incita al crimen, se injuria, se calumnia, se atropella. Se predica una sociedad mejor al tiempo que se incendia la existente. El hombre nuevo de los furiosos utopistas ese le verdugo del hombre actual. Nadie está contento, nadie seguro. En gran parte — y cada vez mayor — las gentes semejan lobos hambrientos dispuestos a despedazar a todo aquel que no les permita lo mejor del festín.

Preguntará el hombre de la calle: ¿de qué libertad interior nos hablan si el mundo de afuera es una cárcel sombría?

Perfección, pureza, libertad: palabras que parecen abolidas del código humano.

¿Es que en una sociedad desordenada, presa del pánico, el hombre tendría que abjurar de su naturaleza espiritual?

Justamente a la inversa: porque aumenta el acoso exterior y el varón de todos los días se mira desbrujulado y hostigado, tomará fuerza y equilibrio del ámbito entrañable, allí donde reina inmutable la criatura inteligente. El mal avanza, los desorbitados aumentan en progresión aterradora. No importa: el justo sabe renunciar a los deliquios del lujo y del poder. No envidia, no

ambiciona, no desea daño a ninguno ni aun a quienes lo atacan. No es víctima de los cambios de fortuna o posición, ni se rinde a los contrastes. Y en el punto más bajo de su desdicha, podrá pensar como el poeta: “...

“... un corazón que sangra es que florece...!”

Ya que de la otra, la libertad civil, poco se puede hablar en la tempestad actual, sólo nos queda el refugio de la libertad recóndita, aquella de la cual nadie puede ser despojado porque es materia de su voluntad y de su anhelo.

No son los epígonos de la náusea, del absurdo, de la desesperación los que salvarán a las juventudes que aun no han sido. Sino los pensadores armoniosos, a la manera de Hermann Hesse, aquellos que aun en medio a la mayor confusión y pesadumbre, siguen creyendo que el hombre es criatura espiritual, invulnerable en su interior constitución, vencedora de los extravíos y de las negaciones.

Una conciencia libre, capaz de amar al mundo y a los hombres, de aceptar la vida como venga, a pesar del cielo gris que los rodea y de las agujas de hielo que cortan cara y alma, es la única respuesta digna para afrontar la esfinge moderna.

ESA LUZ QUE ACRECIENTA Y LUEGO ESCAPA

Si no es posible abarcar la vastedad inmensurable de la creación ¿cómo acercarse al Creador?

Quieren los hombres alcanzar el misterio mayor con el menor esfuerzo, creyendo que si aproximarse a Dios por el sentimiento no es difícil, tampoco lo será comprenderlo con el intelecto, cosa muy grave y ciertamente distinta.

¿Pero es que alguno llegó, podrá llegar a la comprensión de la idea de Dios?

“¡Oh eterna luz que sola en ti resides!” — canta el Dante. Y Séneca, pensando haber capturado la suprema verdad, define: es el todo que es y todo que no es. Teólogos, poetas y filósofos dijeron cosas muy bellas sin que ninguna franqueara el linde que separa lo divino de los humano.

Dios existe más allá de los límites estrechos de la inteligencia del hombre. Ni en el mundo infinito de los soñadores, ni en el universo curvo y cerrado de los físicos; porque si el primero jamás termina, nunca llegaríamos a Dios, en tanto si el segundo tiene límites Dios no puede ser contenido en un segmento de lo que él mismo creó y organizó.

Cierto es que cada época, cada cabeza insigne, plantean distintos modos de percibir y expresar el concepto del Creador. La era espacial — sideral y corpuscular a un tiempo mismo — creciendo atterradoramente hacia magnitudes sorprendentes, abre las puertas a una nueva religiosidad que, siendo en esencia la misma, muda de contorno y de sentido a instancias del tiempo en que se mueve. Ya no el Dios antropomorfo de los bisabuelos, ni el cielo azul del idealista. Ni siquiera la plácida vida eterna de los teólogos. Todo ello puede ser — y deber ser — en órdenes diversos. Física y química, cuando no las matemáticas, creen haber desterrado a la divinidad del imperio terrestre y del dominio sidéreo. El ruso, aquel, cándido o bobo que perdido en el espacio preguntaba “¿dónde está Dios?”, personifica el burdo materialismo que nada acepta si no lo aprehende con ojo, mano o intelecto.

Puede explicarse todo o hay regiones, como señala el filósofo, donde el pensar no penetra?

No parece sensato buscar al Creador arriba, abajo, a diestra o a siniestra, pues siendo no es fijable. Dios no se identifica con la materia es mensurable por las potencias del espíritu confinado al vaso humano. Pero es justamente de la negación crítica de donde podremos alzarnos a la nueva fe. Dios, cielo infierno, vida eterna, premio y castigo, existencia y trascendencia “son”.

No podemos concebirlos ni representarlos en términos familiares, porque habitan planos desconocido, trascienden fuerzas vedadas al entendimiento más sutil. Podemos solamente intuir, imaginar, huérfanos de posibles asideros, porque sí el universo físico creció en distancias y cifras pavorosas, el orbe espiritual realiza sus revoluciones más allá de los confines de la materia, siempre en expansión, disparado hacia la idea de Dios que por inescrutable arcano es el mismo centro de luz que lo absorberá en el punto en que partía a la divina búsqueda.

En un plano intelectual, de pura abstracción, el antiguo creyó haberse acercado a Dios. Los modernos lo han perdido en la expansión científica y la soberbia técnica, pensando que materia y energía son los sucedáneos de la divinidad abolida.

Los grandes astrónomos, contemplando la maravilla del cielo estrellado, creen en Dios aunque no pueden explicarlo. Los pequeños filósofos, frente al derrumbe vertiginoso de los valores, colocan la existencia antes que la esencia: para ellos el hombre es todo, Dios no existe.

Goethe, el gran intuitivo, afirmaba que debemos detenernos ante ciertos enigmas que el hombre jamás comprenderá; por ejemplo: el más allá. Y sucede que el más acá — nuestro mundo terrestre y la pequeñísima porción del universo que exploramos — ha crecido tanto, que carecemos de magnitudes de comparación para situar el más allá. Lo que se ve, lo que se sospecha, es vastísimo, aterrador. Lo que no se ve lo insospechable, escapa a toda medida y comprensión.

Conforme el hombre se va apoderando de los secretos de la materia, la idea de Dios se espiritualiza como evadida de la miseria terrena y de la soberbia humana.

Se anuncia o está ya en marcha la Segunda Caída.

¿Por qué concebir al Creador confinado en su paraje remotísimo del universo? ¿Por qué imaginar que Dios y Universo se consubstancian si Creador y Creación se distinguen y separan? ¿Por qué suponer un Dios afuera, si es el motor interno de todo cuanto existe?

La naturaleza — dice Schelling — es el espíritu visible; el espíritu es la naturaleza invisible. Otro pensador creía que esa conjunción de naturaleza y espíritu es lo que debemos entender por Dios.

Jaspers estima que cuando es muy observada, la existencia se desvanece. Kierkegaard afirma que la existencia es la tensión angustiada la trascendencia y que esa angustia jamás termina. Ambos conciben la idea de Dios desde el exterior.

Para los hombres — aun para los negadores — Dios es la idea más excelsa, en perpetuo movimiento y metafísica y metamorfosis. Lo más grande que fue donado al ser humano y al propio tiempo lo más entrañable que él mismo pudo elaborar desde su interior. Esta idea nos ronda, nos ronda trasciende, se aleja, regresa, nos atenaceza y nos consuela. Jamás llegaremos a su centro ni a sus lindes.

Vano es que el hombre quiera entender o aproximarse a Dios por las potencias del intelecto. Y no obstante necesario, imprescindible que porfíe en la suprema búsqueda porque esa es su ley: indagar, preguntar sin tregua y sin fatiga.

¡Oh abismo de sin igual hondura: —clama el místico.

Es verdaderamente, el mayor enigma y el más dulce y tierno secreto que el hombre hospeda en su alma.

La idea de Dios ha crecido tan prodigiosamente en el hombre, que lo abruma con su multiplicidad, su majestad y pesadumbre.

Podemos acercarnos a Dios solamente por mediación del Cristo, o sea por el amor, la bondad, el perdón y el sentimiento. O por eso que Kierkegaard define como existencia religiosa: secreto, diálogo íntimo entre nosotros y Dios, o sea una comunicación indirecta.

El intelecto, en cambio, soberbio y desconfiado, sigue interrogando, dudando, escrutando el camino de las más altas verdades; elevando torres efímeras que se derrumban apenas erigida. Y al cabo sólo divisa un horizonte móvil que cuanto más nos acercamos se aleja con mayor rapidez.

El misterio de esa luz que acrecienta y luego escapa, es el misterio de Dios que crece y fuga en el corazón del hombre.

“Es”. Será siempre. No puede ser alcanzado ni explicado.

La oración nos levanta. La razón vuelve a tirarnos al suelo.

Criatura fragilidad y fugaz: ¿qué osadía asombrosa te llevó a pretender el entendimiento de tu Creador?

Pero Dios no rechaza a quien lo busca y padece en esa búsqueda. Porque inquietud y desgarramiento son las alas que conducen a su gloria.

La presente primera edición de “ENSAYOS CREPUSCULARES” Es propiedad del Editor Rolando Diez de Medina, © 2007. La Paz - Bolivia

[Inicio](#)